Jorge Aravena Llanca

Antología Poética del Vino

y

Las Siete Lenguas del Vino

de Claudio Solar

Colección
Música, Palabra e Imagen
de Latinoamérica



Foto gentileza Ministerio de Educación. DR.

Declaración de principios

Cuando por todo el territorio de la amistad suene la trutruca, una flauta, un flautín, una trompeta, un trombón, un clarín, o trompa, una tuba, un bugle, un pintón, hasta una quena, sino una calabaza o un caracol marítimo de sal y arena y, canten los gallos al anochecer, debemos reconocer nuestros sentimientos y, saciar la sed heredada del recuerdo del riñón que nos extirparon junto con la decisión de ser lo que soñamos desde niños ser y, arrodillar hacia arriba, bien alto el codo, amanecidos los ojos, para proseguir escanciando junto a todos nuestros hermanos los poetas vagabundos los más fieles sedientos héroes de la tierra: mis amigos.

Jorge Aravena Llanca

ANTOLOGÍA POÉTICA DEL VINO

y
LAS SIETE LENGUAS DEL VINO
ELEMENTOS PARA UN DICCIONARIO DEL VINO Y LA EMBRIAGUEZ

Colección Música, Palabra e Imagen de Latinoamérica



Editorial Rave-Stern

Colección: Música, Palabra e Imagen
De Latinoamérica de la
Editorial Rave-Stern

Antología poética del vino.
Artículos, recopilación y
Fotos: Mario Carvajal Bunster,
Jorge Aravena Llanca
y de autores ©
de la Biblioteca
Iberoamericana de Berlín.

Recopilación de poesías,
levantamiento de textos y diagramación
Jorge Aravena Llanca
y Mario Carvajal Bunters.
Edición de 100 ejemplares
dedicados a Omar Khayyam,
a Jorge Teillier y a todos mis amigos
de las tabernas de mi patria americana.

Responsable de esta edición 2021:
Jorge Aravena Llanca.
Taunusstrasse 15. 12161 Friedenau.
Berlín, Alemania.
Tel: 0049-30-822 1953
Celular: 0179-347 93 93
e-Mail: aravenallanca@gmail.com

DEDICATORIA:

A todos los parientes Llanca de Pichilemu,
a los amigos y poetas con quienes,
desde mi regreso
a la patria en 1964, me enseñaron
que el vino chileno no tiene rival,
dictamen que he adoptado viajando,

con mucha sed, por el mundo entero
al escanciar vino, poesía, amor,
amistad, canto y guitarreos
que nunca se han interrumpido.
Perdurando fiel hasta el último confín
a esa tensión de amistad a los seres
que han confiado en mí, como a las vides
de los pueblos cercanos a Pichilemu
y a toda mi familia que lleva mi sangre:
Cristina, Javiera, Maya, Christiane y Antonia.

Hasta siempre y, que Dionicio nuestro Dios
y nuestro pueblo, nuestra sed y
Claudio Solar nos acompañen, en el último vino
de nuestra vida, en la primera borrachera,
en el tonel de la muerte, con la que entraremos
al misterio del más allá a conocer el silencio sin fin de esa otra vida
embriagados de una inefable eterna soledad.

El autor aun vivo.



Jorge Aravena Llanca, en una recopilacción para sus amigos lectores y poetas lejanos. Foto: Mario Carvajal Bunster.

PRELUDIO AL VINO
INTRODUCCIÓN CANTADA

ME GUSTA EL VINO

¡Me gusta el vino por qué el vino es "güeno"! Cuando el agua brota pura y cristalina de la madre tierra, más me gusta el vino. Me gusta el vino porque el vino es tinto, "iñor" y porque sale chorreando de la uva, porque tiene sabor a campo lindo, y a la negra, "guenamoza" que me gusta.

Porque lo saca el trabajo de la tierra, porque emborracha cuando uno está sereno y porque alegra cuando uno tiene pena.

Me gusta el vino porque chicotea cuando uno anda lacho, por ahí, y no se anima "poh iñor". Cuando canta en la rodaja de una espuela o dibuja, en pintitas, la enagua de una china.
Me gusta el vino, por eso, porque es vino y porque está en el aro de una cueca, porque está en el descanso de un camino y en la mesa querida con mi vieja.

Me gusta el vino porque me hizo llorar no sé por "onde" cuando salí a tomar una vez con los amigos y traté de mostrar que ya era un hombre, cuando no se me secaba ni el ombligo, "iñor".

Me gusta el vino porque me hizo daño cuando me tocó el olvido, hace algún tiempo, y me lo pasé tomando, me acuerdo, casi un año y no pude arrancármela de "aentro".

Me gusta el vino porque no "jue" vicio, más bien una lección bien "aprendía". La vida nos exige sacrificios y no puede andar tirando por ahí, uno, la vida.
Cantado:

Allá va, la muerte me está esperando, allá debajo de la enramada, allá debajo de la enramada. Me gusta el vino porque estoy contento, porque puse otro cuento en la guitarra, porque puedo cantar con entusiasmo de las cosas y la gente de mi patria.

Me gusta el vino al "lao" del "asao", de las papas cocías, la "ensalá", al "lao" del ají, del "peure suchariao", ese tan rico que hacía mi "amá".

Me gusta el vino el sábado a la tarde y me gusta con harina el domingo en la mañana, y "pa" que no me deje feo mi compadre, me gusta el vino casi "toa" la semana.

Cantado:
Allá va, la muerte me está esperando, allá debajo de la enramada, allá debajo de la enramada.
Vaya ahora un consejo. En serio, "pal" que quiera: hay que medirse "pa" tomar sin propasarse, pues, yo, por ejemplo, de la guata hasta la pera hago seis litros y cuarto…sin envase.

Tito Fernández.
Poeta popular, DR.

EL VINO

El vino puede sacar cosas que el hombre se calla, que deberían salir, cuando el hombre bebe agua.

Va buscando, pecho adentro por los silencios del alma y les va poniendo voces y los va haciendo palabras.

A veces saca una pena, que por ser pena es amarga, sobre su palco de fuego la pone a bailar descalza. Baila y bailando se crece, hasta que el vino se acaba y entonces vuelve la pena a ser silencio en el alma.

Sí señor.

El vino puede sacar cosas que el hombre se calla, cosas que queman por dentro, cosas que pudren el alma de los que bajan los ojos, de los que esconden la cara, el vino por mientras, libera la valentía encerrada y los disfraza de machos como por arte de magia, y entonces, son brabucones hasta que el vino se acaba, pues del matón al cobarde, solo media la resaca.

Sí, señor.

El vino puede sacar cosas que el hombre se calla, cambia el prisma de las cosas cuando más les hace falta a los que llevan su culpa como una cruz a la espalda. La impura se piensa pura, como cuando era muchacha y el estado regatea la medida de su drama y todo tiene colores de castidad simulada pues, siempre, acaban en el vino los dos en la misma cama.

Sí, señor.

El vino puede sacar cosas que el hombre se calla.

Pero qué lindo es el vino el que se bebe en la casa
del que está limpio por dentro
y tiene, tiene brillando el alma.

Que nunca le tiembla el pulso cuando pulsa una guitarra,
que no le falta un amigo, ni noches para gastarlas,
que cuando tiene un pecado siempre se nota en su cara,
que bebe vino por vino y bebe agua por agua.

El vino.
Alberto Cortez.
Poeta, músico y cantor argentino.
DR.

*

**

EL VINO DE LOS CHILENOS

En una botella, en una damajuana, en un chuico, en un fudre o un tonel de vino siempre encontramos una larga historia que, en el pasado o cercano al presente, tiene que ver con uno y nuestro destino en Chile, esta bendita tierra en que nos tocó nacer.

El vino en sí, comienza con la plantación de una vid, la que es cultivada con sumo cuidado y cariño, como algo sagrado, para que fructifique en espléndidos racimos. Más tarde, sigue con los vendimiadores que pondrán, fatigada, la alegría caminera por las hileras, transportando en canastos de mimbre los dadivosos racimos hasta lograr, dulce reposo antes de la molienda olorosa de la uva, la fermentación que da origen al vino nuevo que el entendido profesional con lengua de oro, con apasionado cuidado y conocimientos, cuidará que maduren los caldos burbujeando airosos de crecimiento para encaminarse a los grados de alcohol, destino final de todas las vides. Por todo esto nunca dejo de pensar en la trayectoria de un ser humano, desde su nacimiento hasta su muerte.

En Chile, todas las condiciones climáticas, de su naturaleza, son buenas para la producción de vinos finos que ya están entre los mejores del mundo. Se han hecho famosos con cepas europeas aclimatadas en los valles que fueron, inicialmente, traídas por Pedro de Valdivia y plantadas hacia el año 1550, por el Conquistador don Francisco de Aguirre en las mejores tierras de La Serena,

La calidad del vino, en rigor, su buena reputación, sólo puede ser valorada mediante el acto de meditarlo al filo de un desafío, una rebelión, un descubrimiento o del inicio de un poema, cual sea el estilo: el de Omar Khayyam o el matutino, constante, que fue de nuestro poeta Jorge Teillier.

La primera entrega de nuestra vida al vino, nos enseña que el vino no se toma para lograr una sensación refrescante y agradable para apagar solamente la sed. Al vino hay que degustarlo, pensando en el ocio, conforme a normas que resultan sencillas y excitantes a la vez con palabras secretas que salgan del alma, las más recónditas en nuestro estilo de vida. Para los chilenos, que se consideran buenos consumidores, este desafío constituye una creación artística.

Para degustar el vino no es necesario tener sed, es, tan sólo entregarse a su cuerpo y alma, como una comunión consigo mismo, al producto líquido en el cual se quiere probar la calidad; es corroborar nuestros sentidos, en particular los sentidos del gusto y del olfato que son paliativos de lo amargo; es tratar y saber que se está con un amigo generoso que habla un lenguaje cálido, buscando sus diferentes defectos y cualidades con palabras y expresiones que terminen, al beberlo, en un poema cantado. Pensar en la búsqueda la mujer más bella que nos podía amar. Es estudiar, analizar, describir, definir, juzgar y clasificar y quedarse en silencio cuando el último trago nos penetra y nos empieza a estimular una nueva vida.

Se trata, evidentemente al beber vino, entre otras alegrías y penas, de educar al paladar y el olfato. Un aprendizaje que exige un esfuerzo personal, interés y pasión en esta educación de identidad, así como la palabra entra con sangre, el vino con remezones de compostura hacia el equilibrio que es la emoción del olvido.

Se dice que el vino acompaña al hombre en sus mayores complacencias. Es verdad. Pero el vino es mucho más que una buena compañía. El vino es un acto de humanidad donde el arte está por sobre todos los instintos. Desde siempre ha sido, su consagración, la creatividad genial y lo que nos diferencia de nuestra especie animal. Hasta fue bendecido junto al pan de la vida, en la Ultima Cena de Jesús, que nos dio una religión, que como al vino, no perdemos. Esto es por sabiduría habiendo conocido el destino de nuestros abuelos.

El vino nació con la especie humana. Como el hombre tiene una niñez, tiempo imberbe; después una edad sensual que busca cuidados y expansión; luego entra en la pubertad para madurar en plenitud y, finalmente, declina, sin antes darnos unos sabrosos e infantiles rastrojos; quedando sus sarmientos expuestos al corte y cuidado para afrontar otras tres estaciones. Luego decae sin fuerza ni ánimo, como la inevitable vejez humana.

Es entonces, cuando el hombre y el vino se asocian en ese tiempo venidero. Sus temperamentos y necesidades se acompañan. El hombre no puede cambiar, por eso lo forja y lo protege a su lado sabiendo que, a su lado, sus esmeros tendrán una deliciosa recompensa.
Así, el vino se desarrolla, se identifica y permite al paladar la expresión de su personalidad. El vino puede ser agradable, suave, delicado, fino, distinguido, equilibrado, original, enérgico, franco. ¡Ah que mujeres me vienen a la memoria! Puede alcanzar jerarquías de máxima excelencia o puede ser "desdeñado por quienes saben apreciar correctamente los niveles de calidad", como bien lo expresó Fernando Ureta en su libro *"El vino, nobleza de Chile".*

En el juicio de sus valores, nos sigue dictando, que el vino está en la mente universal de los humanos. Todos cantan al vino, todos tienen los suficientes conocimientos al degustarlo. El vino solitario es tal vez amargo, pero acompaña; el vino al lado de una guitarra se empaña en sentimientos artístico; el vino junto a la amada multiplica el amor que se convierte en estímulo procreativo; el vino de los ricos en un lucimiento jerárquico y una guía satisfactoria de educación; el vino de los pobres tiene otros valores que tienden al llanto, al odio, al despecho y, muchas veces, a la violencia. Pero en todos es un efecto de acuerdo a su temperamento y sus necesidades: impulsa la alegría, tañe en los corazones los recuerdos más bellos y cuando disipa las amarguras, y sólo canta en nuestra alma, entonces el vino es una bendición de los Dioses.

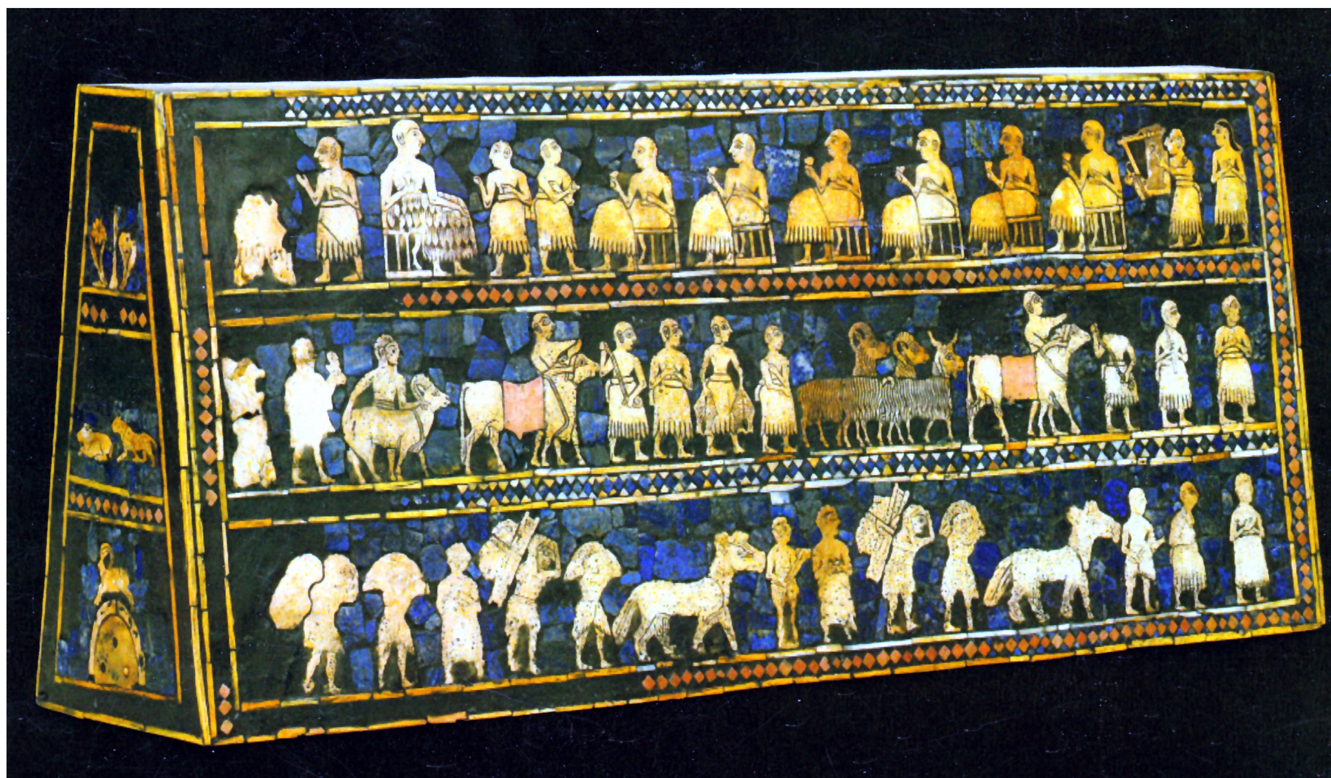


El vino, pisco y whisky de Pablo Neruda en la mesa de su casa de Isla Negra, 1969. En la foto Ángel Rama, María de Vargas, Pablo Neruda, Jorge con guitarra, Marta Traba, Edmundo Herrera y Mario Vargas Llosa.

LOS SIETE LENGUAS DEL VINO

Desde los sumerios por los valles de Babilonia hasta Pichilemu

Elementos en Chile del vocabulario del vino y de la embriaguez



Por el hecho de que Chile sigue ocupando, hasta el momento, un lugar destacado en el mundo por el alcoholismo de su población adulta, masculina y femenina, nos ocupamos en recoger ambientaciones argumentales, desde la prehistoria de la humanidad hasta el presente, y por la estadística que nos da, un destacado lugar, nada menos que el tercer puesto en el mundo entero.

La buena inclinación de la cabeza hacia atrás nos prestigia a los chilenos, al escanciar, desde el sacralizado vaso lleno del amparador líquido elemento, y también, con orgullo, de la felicidad que este acto proporciona, porque con el breve tiempo de nuestra vida histórica, nuestro país ha gestado una copiosa literatura en torno al vino. Una extraordinaria riqueza, expresiva y cambiante del lenguaje, donde el humor hace repetir con teatrales gestos eso de: *"arriba, abajo, al centro y adentro"*. De la caricatura, del eufemismo, nadie se cura o se emborracha: *"se cañonea, o pierde la trompeta"*. Esta riqueza de vocabulario revela un risueño e infantil espíritu de masoquismo: *"se dan golpes al hígado; puñaladas de tinto; se azota con el vino; se dan pencazos; estocadas* y, en seguida, hay un mundo zoológico y demoníaco de musarañas que rodea al bebedor.

Este trabajo intenta revelar, o beber a medias pues son demasiados litros, muchos toneles a través del tiempo, la riqueza expresiva del chileno que le quita responsabilidad a sus actos, con lo risueño que intenta presentarlo y ejercerlo, con su imaginación y su idiosincrasia. Su optimismo le dice que no es culpable de su inclinación etílica, porque pertenece a un pueblo optimista, donde el contenido del vaso es poesía; el espíritu del país; su mentalidad ascética y filosófica que sostiene el emblemático –ser bien macho–, el colorido del buen bebedor, como autoestima y, del patriótico dieciocho de septiembre y sobre todo sabe amar a su mujer y sus hijos.

La embriaguez de Noé

Hasta mediado del siglo dieciocho, cuando aun nada se sabía de lo sumerios, de sus tablillas de arcilla con escritura cuneiforme y el irrumpir de golpe la civilización entre los humanos allá, antes de seis mil años de la famosa Biblia del antiguo Testamento, todos daban por sabido que fue Noé, el primer borracho universal, quien instituyo la inclinación al vino; que fue quien plantó la primera vid y el primero que se embriagó y se dedicó, después que el diluvio universal saciara la enorme sed de la tierra y la dejará apta para la siembra, con mucho esfuerzo a campesino emprendiendo la labranza cansadora del arado y del surco, plantando una vid y bendiciendo a Dios, de quien, dicen, era compadre.

Las tablillas históricas de lo sumerios, cuando se refieren al diluvio universal, dan otros dictados del saber sobre la prehistoria, la certera explicación que fue Utnapishtim, –un sumerio, (un iraquí hoy día), no un judío–, el verdadero nombre del salvador que llenó de animales el arca y la manejó a buen destino hasta el monte Ararat. Este sumerio que realizo su hazaña seis mil años antes de Cristo, fue recompensado por sus virtudes a residir en el paraíso, con vida eterna, por haber salvado a todos los seres vivientes y por, sobre todo, las semillas de las vides.

Pero haciéndole caso a la Biblia, sin perder aun la fe en ella, no obstante conocer la prehistoria que nos dieron los sumerios y, sabiendo que la tierra existe miles de años desde antes de la llegada colonizadora del Dios judío con sus ángeles a poblar la tierra, prosigamos con Noé –que es el más conocido–, que fue hijo de Lamec, nieto de Matusalén y décimo descendiente de Adán, con esa regia parentela leemos en su historia que, después del diluvio, viene, entre otros cuentos, el del cuervo y la paloma, para celebrar la absorción del agua desbordada, y que Noé, vendimió, estrujó los racimos y bebió vino. Se embriagó y quedó desnudo en medio de su tienda.

La castración de Noé

Vio Can, su hijo, padre de la futura progenie de Canaán, la desnudez de su padre, y avisó a sus dos hermanos que estaban afuera. Entonces Sem y Jafet tomaron un manto, se lo echaron a Noé al cuerpo cubriéndolo y los dos, y andando hacia atrás, vueltas las caras, cubrieron la desnudez de su padre sin verla. Cuando despertó Noé de su embriaguez y supo lo que había hecho con él su hijo menor, dijo: "¡Maldito sea Canaán! ¡Siervo de siervos sea para sus hermanos!". Y dijo: "¡Bendito sea Yahveh, el Dios de Sem, ¡y sea Canaán esclavo suyo! ¿Haga Dios dilatado a Jafet; ¡habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán esclavo suyo!". Son, muchas veces, terribles las maldiciones del borracho cuando es descubierto, cosa que no la justificamos por innecesaria.

Y vivió Noé, después del diluvio, trescientos cincuenta años siempre, con tufillos etílicos cada amanecer. Vivió, saciando su prolongada sed, obteniendo una larga recompensa con un hígado sano y fuerte por trescientos cincuenta años. ¿Cuántos litros habrán pasado por ese hígado?

Algunos adornan este relato y dicen que Noé llevó semilla de uva en el arca –o una cepa de Edén– que plantó en el monte Lubar, una de las cumbres del Ararat. Sus vides dieron frutos aquel mismo día y, antes del anochecer, recogió las uvas, las prensó, hizo vino y bebió en abundancia. Rapidísimo como podemos apreciar. Las necesidades, cuando es por sed, dan resultados inmediatos.

Algunos dicen que Noé, cuando estaba completamente borracho, se desnudó y, en ese momento Canaán el hijo menor de Can, entró en la tienda, rodeó maliciosamente los genitales de su abuelo con una cuerda gruesa –nunca nadie explicó esta malvada acción–, la apretó y castró a Noé. Después entró Can. Al ver lo que había ocurrido avisó a Sem y Jafet: sonrieron como si se tratara de una diversión para holgazanes en la plaza del mercado; pero después Can se ganó sus maldiciones.

La versión del mito que ofrece el Génesis ha sido revisada sin demasiado cuidado, al descuido, como cuando uno se peina con la mano, y pretende justificar la esclavitud de los cananeos por semitas, (hoy los árabes) u otros pueblos del pasado. En un pasaje midriático, a los delitos de Can se la añade la sodomía: existe la creencia que los borrachos pueden ser de todo. De allá y de acá.

El mito de Sem, Can y Jafet está relacionado con el mito griego de cómo cinco hermanos, Ceo, Crío, Hiperión, Jápeto y Crono, conspiraron con éxito contra su padre Urano. Crono no sólo castro y sustituyó a Urano, sino que además, según el mitógrafo bizantino Tzetzes, Zeus siguió su ejemplo en ambos asuntos con la ayuda de otros dioses. Estos abuelos eran castrados, según los mitos, cuando estaban ebrios por ser, aunque ancianos, capaces de procrear, porque se perdían entre la joven parentela femenina y, los hijos, procreados con su viejo esperma, solían ser autócratas y hasta dictadores, ladrones y asesinos: hemos conocido a varios, además, con mejor declive etílico, con uniforme nadie se da cuenta. O tiene miedo de señalarlo. Y todo vuelto a empezar, algo así como: "no hay abuelo que no ronque" y "botas que no hagan ruido".

Nuestros poetas

Las historias suman y siguen por vericuetos de tantos años embriagados por el entusiasmo. Nuestros poetas chilenos, con su fabulosa espiritualidad etílica, han buscado el vino a través de los tiempos como un filtro mágico contra su desesperación o su tristeza. Y lo buscó también en su gracia imponderable. La historia de Noé no podía dar con otras manifestaciones que no fueran la alegría, dentro del caos de los humanos de ser gobernados y esclavos dependientes solamente del agua.

En un anhelo embriagado de solidaria comunicación, la vid fue protectora y en los hombres liberó todos sus anhelos, sus sueños y exaltados sentimientos en su más hondo deseo de confraternidad. Por ello nos considera la religión judío–cristiana, en esta nueva esclavitud como es la amable dependencia al vino, a todos los chilenos, pese a la distancia, nietos de Noé pero con todos los atributos colgando intactos, por si las dudas.

Dicen los poetas que, desde los sumerios hasta nosotros, el vino cruzó los mares, atravesó el desierto, se internó en la selva, remontó colinas. Se hizo navegante o bucanero, santo de yeso o asaltante nocturno de las sierras, conquistador de pueblos, poeta y vagabundo. Con los antecedentes divinos no podía derivar sino en cosas sagradas, obviando lo que le sucedió a Noé durante su borrachera. Hasta fue bendecido y multiplicado al por mayor por el propio Jesús, que lo distribuyó gratis a su fiel prole de sedientos asistentes a sus prédicas. Fue un buen pago por su constancia lo que demuestra que Jesús era un buen tipo como todos los que conocen el vino.

Por los efectos del vino, muy cercanos al del amor, se han producido las más pícaras andanzas, las travesuras más increíbles de la historia. A su amparo se han descubierto nuevas tierras y se han organizado clanes, comunidades y creencias. Así han nacido marcas de vino de gran prestancia y utilidad, aunque, lamentable, a veces todo lo contrario

El vino es la chispa del humor y el secreto encantado de la alegría. Es la voz de la tierra y la esencia final de la materia. Es el único fuego que quema y no devora. Una esclavitud a la que nada cuesta entrar, pero toda una vida para salir, y cuando se sale el hombre se convierte en un ser triste y acabado, hasta pierde a sus mejores amigos y pronto todos lo olvidan.



EL VINO EN LA POESÍA

En la poesía el vino ha sido cantado en todos los idiomas y en todos los tiempos. Los antiguos, desde los sumerios seis mil años antes de los relatos bíblicos, como los cronistas modernos se han preocupado de él.

Se encuentra en los textos de las culturas que sucedieron a los sumerios y sus dioses los Anunnakis, aunque estos, dicen, hay leyendas que los delatan, solo bebían cerveza; están en los textos egipcios, arábicos, griegos, indostánicos y persas y, en Chile, en uno de los más copiosos sumarios de palabras de uso común convertido en cultura.

El dios Baco está presente en todas las jornadas. Sonríe detrás de todas las estrofas. Su cuerpo mundano golpea al sol, brilla y rebrilla a la luz del vino y los rojos racimos le enredan la barba de nidos escarlatas y, les quema la piel barnizada de los dientes con el color del cinturón y el gorrito de los obispos, hasta que los labios entintados se ensanchan estigmatizados de gozo.

Así, de siglo en siglo, volcando vasijas y fudres, llegó el Utnapishtim sumerio convertido en Noé, con su regia borrachera, de vino y fantasías, a la poesía moderna y a nosotros con el conquistador Pedro de Valdivia a quien le han levantado, sin dar la verdadera razón de ese encomio, más de una estatua ecuestre.

En Chile, país de espléndidos viñedos y rotos de garganta seca, escanciadores infatigables, el vino es algo más que motivo de canto lírico: es la definición del carácter, la compleja riqueza humana de una singular sicología. Entre nosotros el vino es el presidente honorario de la chilenidad; el primer invitado del último banquete. Igual que en las Bodas de Canaán lo más requerido si llega a escasear, como ocurrió, salvando Jesús esa carencia, por lo que ha sido, hasta hoy día, alabado y también amado. Sino pregúntenle a los piadosos canutos de Jotabeche.

Está presente en los bautizos y en los velorios. No tiene clase social. El vino está en la alegría y en la desgracia; en el festejo bullanguero o en la catástrofe secreta. No hay triunfo ni derrota política sin vino. No tiene sexo, sirve para celebrar, para matar la pena, para arreglar o desarreglar el amor, para pasar el mal rato y sacar fuerzas de flaqueza. Pelear y luego abrazarse.

Dadle al chileno una botella de vino y es capaz de arreglar el mundo en menos que canta un gallo. El vino chileno es un triunfo que acompaña al guitarreo; fue con el clavel de los patricios, camino a la libertad, en los labios de Manuel Rodríguez y, en el habla coloquial del poeta Mario Ferrero, de quien nos acordamos al escribir algunas de estas páginas porque bebimos del mismo chuico.

El vino es canto y saludo. Invade la tarde el moscardeo lento de la fiesta y la sangre se suelta en nudos desiguales, mientras comienza, a lo lejos, el embrujo de la poesía.



Con Omar Ibn Ibrahim Khayyam (Persia, entre los siglos XI–XII), se descubre toda la fisonomía de una sociedad orientada, principalmente, hacia un goce amable de las efímeras alegrías de la vida y hacia un íntimo y amargo, al escepticismo sobre las posibilidades del ser humano para alcanzar las verdades supremas; estado de ánimo oriental, puesto siempre al servicio de una lírica y epicúrea visión de la vida mientras ésta se desarrolla en la tierra.

¡Soy libre y solitario!
Esta noche estaré borracho como un muerto,
y entonces sin miedo y sin remordimientos,
dormiré en el suelo…

Estas otras palabras, cercanas a nuestro tiempo, llenas de triste rebelión: *"He vivido una vez como los dioses",* fueron dichas por el poeta alemán Hölderlin, siguiendo los versos del persa, al obrero que una noche se gasta todo su sueldo en vino.

Pero ¿quién es ese persa, hombre triste y bravo, que camina sobre la tierra llena de dolores? La pregunta es obvia, pues es el mismo Khayyam el que pasa sobre la tierra, pero no con el rictus vindicativo del amargado sino con la sonrisa de hombre ya consolado por un perfume de jazmín o por la mirada de una mujer. Una sonrisa impregnada de consuelo, pero también de tristeza, *"pues ningún sultán es más feliz que yo ni ningún mendigo es más triste".*

El vasto mundo: un grano de polvo en el espacio.
Toda la ciencia de los hombres: palabras.
Los pueblos, las bestias y las flores de lo siete climas: sombras.
El resultado de tu meditación perpetua: nada.

¿Quién es este místico desesperado que cansado de buscar respuestas desarrolla una filosofía tan amarga e irónica? ¿Quién es ese hedonista que sulfura con sus blasfemias a los hipócritas ulemas? ¿Quién ese impío que tiene el coraje de manifestar sus dudas, sus recelos, sobre todas aquellas ideas que a su alrededor se veneran como dogmas inflexibles? Blasfemo, arrostrando con coraje el fatalismo musulmán, Khayyam prefiere lo tangible, la vida terrenal, al hipotético paraíso prometido. Y en su rebeldía trata de contagiar al hombre respetuoso, convencerle de que los goces de la voluptuosidad presente son preferibles a las angustias del tiempo que se va, y le conmina para que goce de *"este instante fugaz que es la vida".*

Omar Ibn Ibrahim Khayyam

Nació, nuestro poeta en Nichapur, en el Korassam, hacia el año 1040 de la era cristiana. Se dedicó desde joven al estudio de las matemáticas y de la astronomía. Entre otras cosas llevó a cabo la tarea de reformar el calendario musulmán. Cultivó también el estudio del derecho, de la metafísica, de la ética y de las ciencias naturales, pero los textos que han llegado hasta nosotros corresponden principalmente a las matemáticas y a la astronomía y, gracias al vino y a su buen declive, su poesía embriagada de sabiduría, optimismo y actualidad.

Nuestro humilde, Khayyam es también un desesperado que se oculta tras una máscara que ahoga un sollozo. ¿Le atormenta el misterio de la creación del universo? ¿O el misterio tanto más próximo de la condición humana? ¿El misterio conmovedor del amante dormido abrazado a una muchacha? ¿El misterio de la sonrisa de un niño? ¿O ese otro enigma aun más insondable del mendigo hambriento que bendice a Dios antes de tenderse con su colcha mugrienta en el suelo?

Algunos lo ven, es cierto, como un borracho impenitente, amigo sólo del vino y de los placeres fáciles. Pero el vino, su esencia, es para Khayyam más que un misterio: una esencia mística. Porque el vino no ha de ser necesariamente el zumo fermentado de la uva. Goethe decía que la juventud es la embriaguez sin vino, y, en efecto, el vino, dice Khayyam, lo mismo que la caricia de las pestañas de una mujer, te revelará la felicidad, sobre todo al amante que gime de gozo y desprecia al hipócrita que en lugar de embriagarse –de vino, de juventud, de amor–, murmura una oración y se golpea el pecho cuando otros lo miran.

"¡No bebas más Khayyam!", le dicen. Y él responde: *"Cuando he bebido oigo lo que dicen las rosas, los tulipanes y los jazmines: Oigo incluso lo que no puede decirme mi bien amada. Toma esta copa y bebamos escuchando sin inquietud el gran silencio del universo".*

Tanto la ascesis como la embriaguez pueden trascender al hombre, pues, tanto la una como la otra, no son sino meros vehículos que nos dan una imagen del camino cósmico de la vida, que bien podía y sabía vislumbrar Khayyam.

Celso, el médico romano, constató que los atletas morían jóvenes y, en cambio, los libertinos llegaban a edad avanzada. San Antonio prescindía del vino en el desierto y llegaba al éxtasis. Los derviches que a veces llegaban a su alrededor lo alcanzaban gracias a su frenético movimiento. ¿Qué se le puede reprochar a Khayyam si él llegaba al éxtasis por el vino? ¿No era un régimen bien nutricio el que siguió durante los últimos años de su vida, sólo pan y vino los alimentos sacramentales antes de morir a los ochenta y cuatro años? Dicho está: a pan y vino.

El poeta Baudelaire, que también ha celebrado al vino como amigo de los amantes y de los solitarios, nos dice que el alma del vino una noche se pone a cantar en las botellas, en su prisión de cristal *"un canto lleno de luz y de fraternidad". "Por qué conformarse con vivir un solo día como los dioses cuando se puede vivir toda la vida como ellos?".*

Eso sí, la libertad tiene un precio y no se obtiene si uno no está dispuesto a pagarlo. Pero, como también sucede hoy, el hombre que tiene tiempo para todo, que dispone de su propio tiempo, es socialmente sospechoso. Y si ese hombre sabe encima cual es la medida de todas las cosas, no solamente es sospechoso sino también culpable a los ojos de todos.

Insensatos cuyo deseo no fue jamás apaciguado
por el vino de nuestra copa;
temo que, al alzarse la aurora, el día
de la Resurrección, te hagan
crimen de tu abstinencia, y no de mi placer báquico.
Un corazón que hace latir el amor no sabría morir,
el Libro de los mundos nos asigna por herencia la Eternidad…

El vino significaba para él lo simbólico y lo real. ¿Y no somos en verdad unos insensatos al pretender ese hipotético paraíso cuando, quizás, el único accesible sea el terrenal? Exclamaba:

¿Me pregunto qué subsistirá de mí después de la muerte?
Lámparas que se encienden, esperanzas que se apagan. ¿Noche?
"La injusticia –dice Cioram– gobierna el universo.
Todo lo que se construye, todo lo que se deshace,
lleva la impronta de una fragilidad inmunda,
como si la materia fuera el fruto de un escándalo
en el seno de la nada".

Omar, nuestro querido Omar Khayyam, que nos ha enseñado a beber vino sin complejos ni culpabilidades, con amor a ese misterio que no comprendemos, pero cuyo ejercicio es en sí mismo la salvación del alma.

Toda su embriaguez fue más dulce que la de Homero, de Platón, de Horacio, de Virgilio y de todos los pensadores griegos y romanos, y se transparenta en sus versos una serenidad dolorosa, esa paz espiritual que conquista sin esfuerzos ni heridas, ni complejos a lo largo de su vida de incesantes búsquedas.

¿Y cuál es el resultado de todo su esfuerzo, de todas sus zozobras, de todos sus sobresaltos protoplásmico?



El mismo que el de tu meditación perpetua: nada.
Todo el mundo sabe que jamás he murmurado
una plegaria.
Todo el mundo sabe que nunca he intentado
simular mis defectos.
Ignoro si existe una Justicia y una Misericordia…

Sin embargo, tengo confianza, porque siempre he sido sincero.

¿Qué es preferible? ¿Sentarse en una taberna
y hacer tu examen de conciencia o postrarse en una mezquita?
En realidad, me da igual saber o no si tenemos
un dueño y qué hará de mí, llegado el caso
¿Nuestro tesoro? El vino. ¿Nuestro palacio? La taberna.
¿Nuestros fieles compañeros? La sed y la embriaguez.
Ignoramos la inquietud porque sabemos que nuestras almas,
nuestros corazones, ni tienen nada que temer del polvo,
del agua, del fuego…

¡Toda mi juventud florece de nuevo!
¿Vino! ¡Vino! ¡Qué tus llamas me abracen!
¡Vino! No importa cuál… Yo no soy difícil.
Creedme, el mejor lo encontraré amargo, ¡como mi vida!

Ya nada me interesa. ¡Levántate y escánciame vino!
Esta noche tu boca es la más bella rosa del universo…
¡Vino! ¿Qué sea rojo como tus mejillas
y que mis remordimientos sean tan ligeros como tus bucles!

Bebedor, urna inmensa, ¡yo ignoro quién te ha moldeado!
Sé, solamente, que eres capaz de contener tres medidas
de vino y que la muerte te romperá un día.
Y entonces me seguiré preguntando para que fuiste creado,
por qué has sido feliz y por qué ya sólo eres polvo.

Nadie puede comprenden lo misterioso.
Nadie es capaz de ver
que se esconde bajo las apariencias.
Todas nuestras moradas son provisionales,
salvo la última: la tierra.
¡Bebe vino! ¡Basta de palabras inútiles!
¡Bebe vino! Recibirás vida eterna.
El vino es el único filtro que puede devolverte
tu juventud.
¿Divina estación de las rosas, del vino y de los amigos sinceros!
Goza de este instante que es la vida.

Bebe vino porque dormirás mucho tiempo
bajo tierra, sin amigo, sin mujer.
Yo te confío un secreto:
los tulipanes marchitos no vuelven a florecer.

De la felicidad, no conocemos más que el nombre.
Nuestro más viejo amigo es el vino nuevo.
Con la mirada y con la mano acaricia al solo bien
que no decepciona: la urna llena de sangre de la viña.

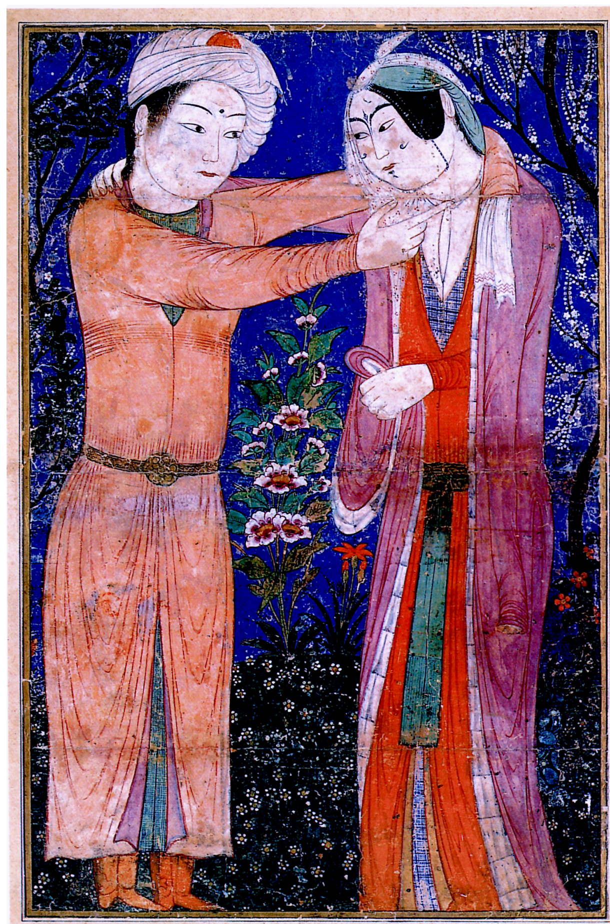
Oigo decir que los amantes del vino serán condenas.
No hay verdades, pero sí hay mentiras evidentes.
Si los amantes del vino y del amor van al infierno,
el Paraíso debe estar vacío.

¡Vino! ¡Mi corazón enfermo quiere ese remedio!
¡Vino de aroma almizclado! ¡Vino color de rosa!
¡Vino para apagar el incendio de mi tristeza!
¡Vino y tu laúd de cuerdas de seda, mi bien amada!

Dedica a las llamas de la aurora el vino de tu copa,
parecida al tulipán primaveral.
Dedica a la sonrisa de una adolescente el vino de tu copa,
parecida a su boca.
¡Bebe y olvida que el puño del Dolor
te tumbará pronto!
¡Vino! ¡Vino a torrentes!
¡Qué salte en mis venas!
¿Qué bordonee en mi cabeza!
Unas copas…
¡No digas más!
Todo es mentira.
Unas copas… ¡Aprisa!
Ya he envejecido…

Hace tiempo que mi juventud fue a reunirse
con todo lo muerto.
Primavera de mi vida,
tú estás ahora donde están
las primaveras pasadas.
¡Oh, mi juventud,
te has ido sin que me dé cuenta!
Te has ido como mengua,
cada, día, la dulzura
de la primavera.

¡Señor, has roto mi alegría!
¡Señor has alzado una muralla
entre su corazón y el mío!
Mi bella vendimia, tú la has pisoteado.
¡Voy a morir, pero tú vacilas ebrio!



۳۴
هم دانه امید بخرمن ماند
هم باغ و سرای بی تو و من ماند

سیم و زر خویش از دِرمی تا بجوی
با دوست بخور گرنه بدشمن ماند

۳۵ *
خاکی که بزیر پای هر نادانی است
کف صنمی و چهره جانانی است

هر خشت که بر کنگرهٔ ایوانی است
انگشت وزیر یا سرِ سلطانی است

۳۶ *
دارنده چو ترکیب طبایع آراست
از بهر چه افکندش اندر کم و کاست

گر نیک آمد شکستن از بهر چه بود
ور نیک نیامد این صُوَر عیب کراست



۱۵۴ *
گاوی است در آسمان و نامش پروین
یک گاو دگر نهفته در زیر زمین

چشم خِرَدَت باز کن از روی یقین
زیر و زبر دو گاو مشتی خر بین

۱۵۵ *
از آمدنِ بهار و از رفتنِ دی
اوراق وجود ما همی گردد طی

می خور مخور اندوه که فرمود حکیم
غمهای جهان چو زهر و تریاقش می

۱۵۶
بر چشم تو عالم ارچه می آرایند
مگرای بدو که عاقلان نگرایند

بسیار چو تو شدند و بسیار آیند
بربای نصیب خویش کت بربایند









Allá y acá es lo mismo, son los mismos hombres y sus mismas mujeres, el mismo canto y la mismísima sed, que las guitarras nunca han lograda apagar. Felizmente al contrario.

HISTORIA DE LAS BEBIDAS

Origen de la vid y el vino

Contrariamente a las palabras bíblicas y sobre la mediación de Noé, se ha investigado y aceptado que fue durante el neolítico, en los años 5000 al 2500 a.C., que la vid creció en estado silvestre. En la edad de bronce, del 1700 al 1500 a. C., se inicia la presión de selección vinícola por parte de lo seres humanos, la que se va haciendo más y más sofisticada, utilizando los medios hasta alcanzar las formas de manipulación genética de las uvas hasta lograr el origen de los viñedos actuales.

Vemos que la imaginación del procurador del vino, los productores, tienen la misma imaginación que el bebedor, aunque más por el dinero que por el vino. Otros opinan que la vid la trajo Dios de donde habita, de cosmos desconocidos, y que Dios es, además de buen bebedor, también amante del oro como lo demuestran sus comerciantes sacerdotes en la tierra; todos sus deseos los dejó en el Eden y de ahí sale la historia de Noé que es más popular que Dios mismo.

Lo cierto es que la historia de la humanidad está estrechamente en relación con el cultivo de cereales, árboles frutales, con la floricultura y todas las áreas verdes que componen la naturaleza, sobre todo aquellas plantas que componen lo nutricio para el reino animal.

En todos los escritos de la antigüedad aparecen hechos relacionados con la vid y la embriaguez. Saltándonos las diferencias desde lo sumerios hasta el medioevo, dejando de lado a los griegos y los romanos con sus bacanales llegamos, así, como bebiendo con mucha sed, a la historia de la Iglesia Católica que a la fuerza y, a la hiel de sus dogmas, se hizo dueña de todo lo universal, dándole a su Dios el mérito y la pertenencia de todo y, que ella era, no sólo de la verdad, sino también, se cree la depositaria de salvaguardar, distribuir, comercializar y penar con su justicia todo acto que tuviera relación con el vino, los bebedores y sus consecuencias. Fueron a corto tiempo dueños de todos los viñedos, de las tabernas y el control y distribución del vino. Pero nunca alcanzaron, aunque lo intuyeron, a ser dueños de la sed de los pobres y humildes seres humanos, que aun la mantienen pura con la misma noble sed y consecuencias que antaño.

Comenzaron los sacerdotes cristianos con que el vino es indispensable para la celebración de la eucaristía. La propagación de la fe cristina difundió la imagen de Jesús complaciendo a los pobres bebedores, pero que los curas controlaron con duras sanciones a los que se propasaran, a los sedientos de la tierra en busca de paz, amor y alegría, contrariamente a la enseñanza de su propia y legal referencia a Cristo en las Bodas de Canaán y en la Última Cena.

En américa no existía la vid con las propiedades útiles como las conocemos en la actualidad. La vid europea fue introducida en América durante uno de los primeros viajes de Colón. Así comenzó, desde México hasta lo más alejado del Continente la propagación del bien divino de la vid protectora.

A Chile llegó con Pedro de Valdivia. Los agricultores, al parecer hombres muy capacitados, eligieron los mejores valles para plantar las cepas. Y lograron en corto tiempo hacerse con el jugo embriagador, que les daba ánimos en la conquista del territorio de los indios, que sólo sabían beber masticados de maíz fermentado con salivas de viejas desarrapadas, desdentadas y holgazanas. En tiempos de paz, sin guerras con los araucanos, les fue a los hispanos de mayor regocijo satisfacer la sed que los había alejado de sus paisajes natales.

Aunque la mano autoritaria del rey Felipe, hijo el Carlos V el germano, intentó prohibir la producción de vinos en América, los inteligentes curitas, bajo órdenes obispales, no hicieron caso a estas órdenes e impulsaron con mayor vigor su producción, el cuidado de las vides que hoy proliferan con el nombres de Santas de todas layas, grafías y sintagmas etimológicos, nadie sabe si estas santas eran vírgenes, jóvenes o viejas, pues son todas casi desconocidas como: Santa Rita, Carolina, Mónica, Emiliana; hay otras botellas con apellidos de emprendedores vascos como Errázuriz, Causiño, Zavala, Undurraga, Macaya; otras de medio pelo pero bolsillos adinerados como Valdivieso, Cánepa, Los Vascos, Torres, San Pedro, Caliterra y el de Pichilemu, el mejor de los nuestros el diario Macaya.

Hasta cepas y caldos franceses, alimentan los campos chilenos. De Chile fue llevada la vid, en 1557, hasta Santiago del Estero, en la actual Argentina. Aunque separados por la cordillera, cargada de nieve que se convierte en agua necesaria e imprescindible, ambos países, están hermanos con este producto, y son los mayores y mejores productores del vino de todo el continente latinoamericano.

El agua

Para hacer una historia de las bebidas, hay que empezar por el agua, contraviniendo con la sed sagrada y legítima del verdadero bebedor, esos que no pueden verla y le apartan ante una copa de color rosa del depurado néctar de las vides. La buena enseñanza indica que hay que respetar las tradiciones hasta que se conviertan en profecías, ¿o es al revés? Olvidé como es la cosa.

No siempre se dispone –pensemos en África–, de toda el agua que se necesita y a pesar de los consejos concretos de los médicos que pretenden que determinada agua es preferible a otras pociones liquidas, el ser humano se acercó a lo que tenía al alcance de su mano: agua de lluvia, de río, de fuente, de cisterna, de pozo, de barril o del recipiente de cobre donde la previsión exige conservarla en toda casa prudente. El vino es agua azucarada en forma natural desde la misma planta, gracias al sol los racimos se hinchan y la uva, grano a grano, compone en variados colores desde el rojo hasta el blanco, el sustancioso, hasta de solo mirarlo, contenido que espera la fermentación cosa que el agua pura no puede lograr. Por eso el vino es también agua y el agua es lo más importante en la vida sobre la tierra.

A la tierra sin agua, ni Dios se hubiera acercado por qué ¿cómo regar el Jardín del Edén, sino con agua? ¿Cómo navegar sin tener el agua del mar? ¿De dónde hubiera sacado Jesucristo pescadores sino hubieran tenido el mar para subsistir? ¡Agua sobre todo! ¡agua dentro de todas las cosas! Pero en las vides, asociada a los racimos, con ese componente que es el alcohol, que salva e identifica al fruto y da esas entusiastas calorías que el alma humana necesita.

El vino

Al hablar de vino, hay que referirse a toda Europa, así era el concepto años atrás ahora superado por Chile y Argentina. Si se trata de quien lo bebe nos quedamos con todos los vinos, pues todos se empeñan, anónimamente en ser los mejores producidos para ser los más asiduos bebestibles.

La Europa productora de vino está formada por el conjunto de los países mediterráneos. La vid no puede crecer allende los 49 grados por el frío, que articula el beneficio de la vida económica de una parte sur de Europa y sus prolongaciones hacia el Este. Entonces es el sol, socio del agua, el más incisivo colaborador de la vid. No en vano ha sido adorado por todas las generaciones humanas y en todas las latitudes.

Fuera de Europa, el vino ha seguido a los europeos. Se realizaron verdaderas hazañas para aclimatar la vid en México, en Perú, en Chile en 1541, y en Argentina a partir de la llegado de los curas fundadores de las provincias limítrofes del Reino de Chile, hasta Mendoza, San Juan, Cuyo, Catamarca, Santiago del Estero y Salta, territorios que pertenecían a la Capitanía de Chile.

Se desarrolló la vid en forma generosa favorecida por el sol, por la tierra y por el clima. Y se da comienzo a historias que se siguen multiplicando hasta la actualidad. En 1578, en las costas de Valparaíso, Drake se apoderó de un barco cargado de vino chileno: los ingleses hasta ahora siguen siendo piratas. Ese mismo vino llegó a lomo de mulas o de llamas a lo alto del Potosí, dando comienzo a una serie de pesquisas para evitar los robos, por lo demás, difíciles de ocultar pues un campo de vides, por sus características, es divisada, con alegría, desde la lejanía y lo primero que descubren, y descorchan, los ladrones son las botellas de vino en una hacienda campestre.

El vino comenzó a viajar. Era esperado con ansias, por doquier con la antigua sed de históricos afanes de conquistas amorosas. Creó negocios paralelos como la recogida de botellas, actividad lucrativa para el hampa en las ciudades, que a gritos las compraban por las calles, por míseros centavos, pero como eran tantas las vacías esos gritos resultaban provechosos, hasta molestos.

Además, les dio lustre a apellidos, de fácil pronunciación y oscuras ascendencias, convirtiendo a esas familias productoras en aristócratas.

Viajaba el vino por barcos especiales en posiciones estratégicas para que no se avinagrara, dando asiento a la creencia que el vino navegado era el mejor, entre otras iguales posturas del ser humano, en posición horizontal. En todo caso, entre miles de historia y argumentos que pasamos por alto, precisamos que el vino a podido ser una compensación, como alcohol, es decir, calorías a bajo precio, siempre que a los pobres les faltaba el pan. El vino independientemente de las calorías, supone una forma de evadirse, lo que una campesina chilena llama todavía hoy *"la quitapenas"*. Siempre asociando, para mayor alegría del bebedor, el vino al tabaco, a mujeres, a guitarra y poesía –y si todo junto mejor–, como promiscuos matrimonios que siguen vigentes y que nadie intenta divorciar.

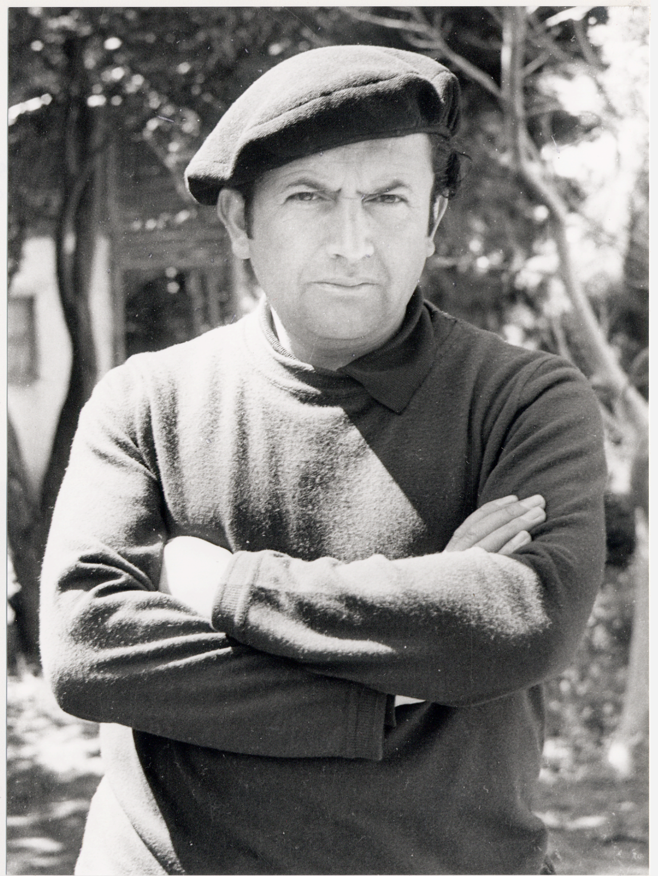
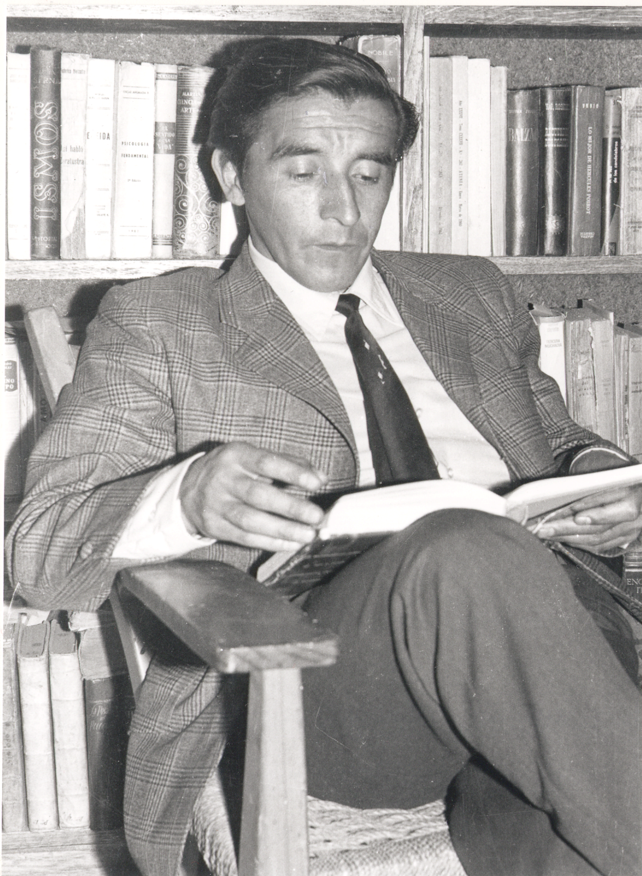
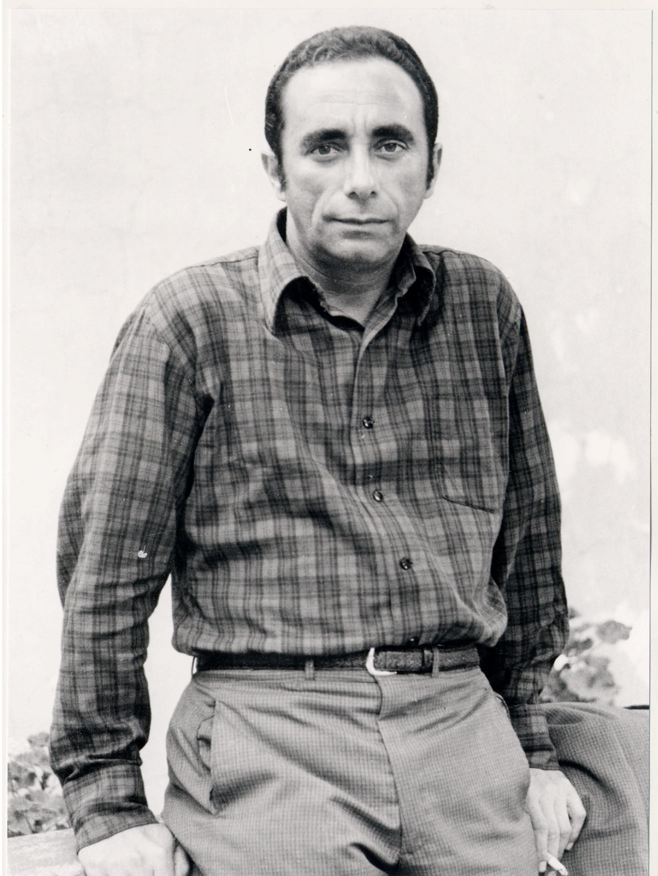
Vino que me hiciste mal y sin embargo te quiero

Buen sentido y buen criterio el de Fernando Ureta, a quien seguimos en sus conocimientos y entrega literaria, buen catador sentimental, ingeniero del declive chileno, campesino vitivinicultor de palabras de los viñedos chilenos al afirmar, que el vino acompaña al hombre en sus mayores complacencias –nosotros añadimos–, también perturbaciones y ansias locas, esa incomprensión que el hombre es puramente sed de líquidos elementos y después viene la guitarra, y la poesía brota sola en la saciedad del alma. Todo es verdad. Pero el vino es mucho más que una buena compañía, es un componedor de tristezas y dolores. Es un acto de humanidad desde que acompaña a los seres humanos desde sus mismos comienzos, como un acto de consagración, junto al calor o la soledad existencial de hombres y mujeres. Vino, hombres y mujeres sedientas forman una asociación fresca y optimista, por eso todos se esmeran en producirlo para acompañarse en lo que sea creativo que Dios nos ha dado que es la sed y la muerte.

Al fin, en el fondo de una botella encontramos a nuestros mejores amigos. Sin duda a aquellos poetas, desde antaño, en el alma de cada uno de los chilenos. Los que desde siempre le han cantado y, en rigor, alcanzaron buena reputación como bebedores, por ser buenos poetas y buenos amigos, que nos siguen dando lecciones de que en una botella se puede encontrar la felicidad al amparo del optimismo y la fraternidad.

Para los chilenos que se consideren buenos consumidores, sin caer en cirrosis sin vuelta, los que someten sus sentidos al gusto y al olfato y en conocer a quien tienen delante levantando el mismo vino en sus vasos, es el único que sabe analizar que el vino es quien acompaña los mejores sentimientos, que describe la poesía, define la amistad, juzga y clasifica la libertad de ser, en y con el vino, es un ser completo en educación de esa voluntad que complace la realización completa de un humano: en un buen vino saber beberse a uno mismo, bien acompañado para pasar lo amargo de la penas de la vida.

Y con un chuico, a la vista, de fiel compañero pido que entren mis compañeros de quienes he tomado sus sueños de letras para confeccionar este material: escritores como Ferrero, El Temucano, Cortés, del principal Omar Khayyam al que saludo copa en alto, a Ramón Hervas el traductor del persa al castellano de los poemas de Omarcito, y de todos los poetas chilenos y argentinos a quienes les pagaré con vino, no con moneditas cuando me denuncien, la ayuda de darme, sin pedirles permiso, a escribir y leer a mis nietos sus poemas. Gracias queridos amigos y un salud a los gritos ¡qué se nos acaba el chuico! Y que Dios, como en las Bodas de Canaán, vuelva a traer otro hasta que las velas de su mesa no alumbren más; lo mismo a mis más queridos amigos, Jorge Teillier, Rolando Cárdenas, Mario Carvajal, Cristian y Alfonso Aravena, y cientos más que han estado preguntando, en mi mesa, como si no lo supieran, ¿qué nos pasará mañana?

Recuerden si han leído algo de estos amigos que ya están con Omar Khayyam junto a Teillier. Cuando se bebe buen vino no se pierde la memoria. Ellos son: Armando Rubio, Efraín Barquero, Rolando Cárdenas y Sergio Hernández.

ANTOLOGÍA POÉTICA DEL VINO EN LA POESÍA CHILENA

LA MONA DE ÑO NOÉ. Andrés Sabella.

Estaba Noé desnudo
junto a un chuico vacío;
sentíase macanudo,
¡potro y toro de ancho brío!

Los hijos desesperados
mojaban su vieja frente.
Echaba el diablo sus dados,
riéndole un solo diente.

La primera borrachera
había roto los cielos.
Los ángeles en hilera
asomaban sus desvelos.
Noé besaba los cachos
donde el vino se dormía.
Hipaban tres viejos lachos,
un sanguche se aburría.

Las arpas y las guitarras
conversaban a destajo,
mientras la luna en la jarra
perdía paso y refajo.

Alguna china en camisa
mostraba lo que mostraba.
La noche muerta de risa
de charco en charco saltaba.

¡Ay, damas y damajuanas,
don y dones de esta turca!
A Noé salieron canas
con vaivenes de mazurca.
¡Viva esta agüita morada!
era un viva del patriarca.
La historia no cuenta nada
ni del precio ni la marca.

Loas cufifos bolseros
pedían cueca y pequenes,
aun los carabineros
no fundaban sus retenes.

Un compadre a medio filo
quiso comerse un ajiaco
en casa del pata de hilo
donde puntea Ciriaco.

¿Dónde estoy…? Por la chupalla
Noé temblaba en azoro.
¡Plántele a Dios una falla!
le aconsejó un roto choro.

Y en consuelo de patriarca:
tome no más, no vacile;
páguese luego otra bota
que estamos farreando en Chile.

EL VIAJE DEL VINO. Ángel Cruchaga Sta. María

(Fragmento)
Vino de los patriarca bello y sabio
como las aguas del Jordán florido
y en las Bodas de Canaán trepando
como un ángel alegre en las vasijas.

En los campos de Grecia y en las islas
Baco danzaba aéreo entre racimos,
y aparecían a trasluz las diosas
como la espuma decorando el cielo.

Desde el firme lagar cavado en Chile
oíste el himno de la tierra ondeando
como humareda para celebrarte
y las doncellas en sus cabelleras
llevaron un racimo de diademas.

Al cerrar melancólicos los párpados
bebamos con la muerte nuestro vino.



POEMA DEL VINO. Jorge Teillier

Silencioso en el umbral
el ángel del vino espera
al principio del camino,
en las calles de las ciudades.

En los trenes tomados de improviso,
bajo aquellas lunas que han cantado
todos nuestros poetas
con su copa entre las manos.

Espera con la llave de las casas
adonde aun no hemos llegado,
Y que siempre esperamos
algún día ver abriese.

Porque han vuelto los antiguos cortejos
y para todos nosotros vuelve el día
cuando la primera copa de vino
mojó nuestros labios.

Tras de aquel oleaje manso
de los cerros de invierno,
el ángel custodia el sueño
de las cunas de las vides.

Y cando lo encierran bajo tierra
su sueño profundo resucita,
llena las copas que alzaremos
y se une a nuestra fiesta.

Y es de nuevo verano en el mundo
y entonces aparece el noble tiempo
de las aves contempladas
por el hombre de las cantinas.

Y los pobres y tristes vagabundos,
y los pobres y tristes desterrados
pueden leer las escrituras
de las nubes y del árbol.

Silencioso en el umbral
el ángel del vino espera.



Laemlein d'apres le croquis de Rugendas. Imp. Lemercier à Paris

TRAGES DE LA GENTE DEL CAMPO.

ESTATUTO DEL VINO. Pablo Neruda

(Fragmento)
Me gusta el canto ronco de los hombres del vino,
y el ruido de mojada monedas en la mesa,
y el olor de zapatos y de uvas,
y de vómitos verdes;
me gusta el canto ciego de los hombres,
y ese sonido de sal que golpea
las paredes del alma moribunda.

Hablo de cosas que existen, Dios me libre
de inventar cuando estoy cantando;
hablo de la saliva derramada en los muros,
hablo de las lentas medias de ramera,
hablo del coro de hombres del vino
golpeando el ataúd con un hueso de pájaro.

Estoy en medio de ese canto, en medio
del invierno que rueda por las calles,
estoy en medio de bebedores
Con los ojos abiertos hacia olvidados
sitios, o recordando en delirante luto
o durmiendo en ceniza derribada.



Foto: Jorge Aravena Llanca, Isla Negra, 1969.



Pablo Neruda
Foto: Jorge Aravena Llanca
Lautaro 1970

CROQUIS NOCTURNO. Carlos Acuña

En el fondo del vaso me persigue tu imagen
más viva que las luces y la orquesta del bar;
en un gesto romántico lo vacío de un sorbo
con el dolor tan dulce de amar sin esperar.

Mi pupila se nubla de una lágrima ardiente;
muerdo el cigarrillo, el humo azul, ¿dónde se fue?
Beber, beber muy triste, mientras la orquesta alegre
te evoca en la lujuria de un tango de Gardel.
Dejaré la taberna sin lograr al nirvana;
podrá morir la carne laxa por el pisco sour,
más, rabioso el espíritu fiel al dulce martirio
se encenderá en tus ojos ¿llama verde del mar¡

Amanecer lechoso de una lenta luz blanca
que agranda las ojeras y el rictus del dolor.
El cuelo del abrigo me subo, me subo. Por la calle
ya no cruza ni un alma ¿Quién sabrá de mi amor?

UNA GUIRNALDA PARA EL VINO. Juvencio Valle

Me dicen sentencioso y sabiamente,
No vayas con el vino;
Es un despeinado vagabundo,
Irresponsable y ciego,
Ese es un loco de camisa rayada,
Un pobre músico de la calle.
Si vas con él del brazo
Perderás tus ramilletes de azahares,
Dirán que eres alegre
Y cantas y vives como un ave.
Yo quiero ser un pájaro.
Es por eso que te busco con ahínco,
Me voy con los amigos a tu encuentro,
Te saludo de pie y bato palmas.
Canto seguido en las mesas
Y si en mis bolsillos
Llevo flores o madrigales
Todo lo echo en un vaso.
Te bebo a largos sorbos,
Cual un monstruo nocturno,
Con miedo de repente de morirme,
Con temor de que te esfumes,
De no hallarte presente en las esquinas
A dos manos sostengo la alta copa,
Lo vacío a lentos sorbos,
Degustándola con la nariz abierta
Cual si estuviera de pie en un desierto



Pablo de Rocka. Foto Sergio Larraín. DR.

EPOPEYA DE LAS COMIDAS
Y LAS BEBIDAS DE CHILE. Pablo de Roka

Cuando está borracho el otoño, los rastrojos, los abejorros,
los toronjos, los peones contra los patrones y los lagares,
comienza la vendimia, la cual se produce reventando pámpanos
enredados al sol encima de los pechos, del vientre, de los
muslos de las muchachas que habrán de estar de espaldas,
con las piernas abiertas, riéndose.
Cuando el jamón está maduro en sal, a la soledad fluvial
de Valdivia y está dorada y precioso como un potro percherón
o una hermosa teta de momia que parece novia, comienza
el poema de la saturación espiritual del humo.
Un ferroviario destino nos conduce por la vía de nuestros
vasos en medio de un círculo de humanos parientes. (/…)

EL TREN CURADO. Efraín Barquero

Este es un carro del tren curado
enjaezado como un caballo,
como una iglesia donde los santos
de las santeras se han escapado.

Esta es la casa donde se casan
y se descasan gordas y flacas,
arremangadas y mal casadas
y todavía más desplumadas.

Este es un viaje sin terminarse
puesto que nadie piensa en bajarse.
Zangoloteando por los virajes,
el tren es bueno, bueno es curarse.

Este es un viaje sin estaciones
donde no hay noche ni conductores,
donde la vieja pasa por joven
y por gallinas se comen jotes.

Esta es bodega colmada y llena,
con la cerveza se hacen ovejas,
con el vino de las botellas
crece la lengua como la oreja.

COPLAS DEL VINO. Nicanor Parra

Nervioso, pero sin duelo
a toda la concurrencia
por la mala voz suplico
perdón y condescendencia.
Con mi cara de ataúd
y mis mariposas viejas

yo también me hago presente
en esta solemne fiesta.
¿Hay algo, pregunto yo,
más noble que una botella,
de vino bien conversado
entre dos almas gemelas?

El vino tiene un poder
que admira y que desconcierta.
Transmuta la nieve en fuego
y al fuego lo vuelve piedra.

El vino es todo: es el mar,
las botas de veinte leguas,
la alfombra mágica, el sol,
el loro de siete lenguas.

Algunos toman por sed,
otros por olvidar deudas.
Y yo por lagartijas
y sapos en las estrellas.

El hombre que no se bebe
su copa sanguinolenta
no puede ser, creo yo,
cristiano de buena cepa.

El hombre toma su trago
para compensar las deudas,
que no se pueden pagar
con lágrimas ni con huelgas.

Si me dieran a elegir
entre diademas y perlas
yo elegiría un racimo
de uvas blancas y negras.

El ciego con una copa
ve chispas y ve centellas,
y el cojo de nacimiento
se pone a bailar la cueca.

El vino cuando se bebe
con inspiración sincera,
sólo puede compararse
al beso de una doncella.

Por todo lo cual levanto
mi copa al sol de la noche
y bebo el vino sagrado
que hermana los corazones.

LA MUERTE EBRIA. Julio Barrenechea

Somos los vinos de la muerte,
de la muerte ebria.
Vamos en las sombrías bodegas de su barco,
mientras ella en la proa va cantando
con su voz más profunda que el silencio.
¡Oh muerte, oh muerte sola!
¿Qué tratas de olvidar,
entre las negras olas
de tu terrible mar?

Ebria y cantando vuelve a la helada proa,
y bebe nuevos y rojos vinos,
y está seca su boca sin fin, sus canciones
estremecen al viento más allá del sonido.
Pero no logra dormir y en su desvelo
regresa a las bodegas para apurar toneles
de sangre burbujeante que manan las dolientes
poblaciones caídas en sus destinos crueles.
O bien busca licores de sabor delicado,
vinos puros que reflejan estrellas,
y en el borde del mundo sus labios descarnados
van bebiendo a los niños como dulces mistelas.



Luis, Luis, Jorge, Omar y Juan Manuel. en un sembradío vitivinícola y. carnívoro, bien regado, de una viña Llanka de Temuco.

TUVE LA ETERNIDAD POR COMPAÑERA

OMAR LARA

1

Tuve la eternidad por compañera
cuando bebí, llorando, el primer vino.

No sé bien el momento, si era un niño
o un hombre que arrastraba sus infancias.

Recuerdo el muro, las rugosas tablas
de la casona abuela compañera

de los otoños y las primaveras.
Pero el vino esa noche, ay, esa lenta

lindera entre los juegos y la fiesta
me dio por siempre su latir rotundo.

Así, esa noche trastoqué mi rumbo
del camino del ángel al ensueño

de saberme en los dones placenteros
con la magia que entraba por mi cuerpo.

Nada entonces, me juro, me fue ajeno
esa tarde, esa noche, esa frontera

cuando tuve en mis brazos la quimera
y en mi boca los besos y los labios:

el beso de aquel vino iluminado.
Doble embriaguez aquella, doble halago.

2

Embriaguez de las alas que se elevan
desde el abismo neutro del espejo.



Luis, Anarzúa, Jorge y Omar Lara que se nos fue en lo mejor de la fiesta del vino en Temuco.

ALGO SE DICE
SOBRE EL VINO

En razón de cuatro litros por día nadie detiene el descontrol; convertido en bebedores diarios tenemos buenas poncheras, por el buen declive y por saber tocar a diario la corneta. Sabemos más de colores y de etiquetas pegadas a las botellas que de quién descubrió América. Nosotros los que decimos no tomo, sino que nos pegamos un pencazo, un golpe al hígado, un trancazo, un cañonazo, o un guascazo por no decir somos felices a golpes y porrazos.

Somos las gargantas de fierro, capaces de beber escofinas, los que después de mata penqueros o guachacas se nos borran las malas películas de los campesinos de los países de más al norte de nuestros conocimientos.

Somos los que de mañana nos levantamos con el tonto Morales a cuesta para componer con un chuflay o una chupilca, o un pihuelo para hacer la mañana y matar los piriguines.

Entonces es cuando la soledad y el sentido de la muerte se nos viene encima y, cantan con nosotros los deudos, el eterno balanceo que sobre el mar de los abuelos recibimos bendiciones porque a nadie dejamos solos.

Por el camino de un caimán, de un coliguazo o de una guagua, llegamos al insomnio, a la acidez, al vómito y los temblores. Con la carne de gallina las mejillas encendidas, la nariz rugosa y tuberosa de un color rojo oscuro, vinoso, y nuestra amada la Rosita Antipática se nos mete peligrosamente en la cama.

Somos los que caminamos como telegrafistas acompañados diariamente con el cálido don Luci. Con la radio prendida, porque con aquello de saquémosle el aires a la botella o póngale, otro traguyo para remojar el capullo, nos vamos cortados en menos que canta un gallo por la sopaipilla

pasada y nos ponemos cureques con un vasito chiquito. Somos los del dedo meñique agarrado al vaso, los que hasta donde lo limó el herrero, hasta el dedo chico o salitre y quedar como poto de guagua.

Cahuines, rascas, trancas tomateras, turcas, que ya el trago del estribo nos rebalsa y nos pone parados en un cable de alto voltaje, meta tiritones y espirituados.

EL VINO DE LOS PICHILEMINOS.

Jorge Aravena Llanca

El ferviente amor por Chile en Pichilemu es ardiente llama,
de alcanzar como los dioses en el vino dignidad humana.
El vino es en Pichilemu veranos de transparencia,
disciplina en la amistad madura de la inteligencia.

El vino de Pichilemu es de pueblos colchagüinos,
beberlo frente al mar engendra un nuevo destino.
Al extenso mar pichilemino recuérdenlo bebiendo,
que la sangre de ser chilenos les seguirá fluyendo.

Beber frente a las olas el néctar de los racimos
es el sueño de los dioses que sedientos han nacido.
Se bebe hospitalidad en el mar donde crecemos,
Entre hileras colchagüinas es sangre la que bebemos.

El vino, nunca lo olviden, hay que empinarlo cantando,
que la sangre se libera y en tonadas va brotando.
Recuerden que un racimo es nuestro mejor amigo,
propagando el canto puro el más sagrado del vino.

EL EMBORRACHADO. Oscar Hans

Bailan los saltimbanquis
Sobre los oros y los orines,
Bailan los timbaleros
Sobre timbales y puercoespines,
Bailan titiritando
Los borrachines titiriteros.

La mesa que sube a tu altura
Bebiendo y bebiendo madera,
Es tabla de tu sepultura
Y es ángel de tu borrachera.
Gotearon del techo las brujas
Que están chapoteando en tu vaso,
Que bebas sus negras burbujas
Te irás al cajón paso a paso.

Ya giran en círculos rojos
Las cuatro murallas malditas,
Ya giran los muebles con ojos
Y tú tambaleas y gritas.
Las patas del diablo velludas
Te enroscan del pie a la rodilla,
Tú tiemblas y tiemblas y sudas,
Y sólo es el par de la silla.

Alzaron los duendes el vuelo
Y van a empezar su trabajo,
Tú quieres pisarlos y el suelo
No está, siempre está más abajo.
Y el vino con ropa de fraile,
No es más que la muerte que espera
Meterte borracho en el baile
Que bailan los de la huesera.

DE AQUÍ NO SE LIBRA NADIE. Claudio Solar

Ya está el esquinazo puesto
sobre la arena del día
y en la nariz del lucero
la canción amanecida.
Salió al tablado la cueca
y el vino hacia la sonrisa;
en los vasos de la fiesta
se está encendiendo la vida.

Todos tendrán que bailar:
la china y su compañero,
y hasta el mirón que no quiera
hará repicar el suelo.
La china con sus polleras
moviendo airoso su pelo,
la señora, aunque no quiera
y esté mirando hacia el cielo.

Que nadie se quede atrás,
que el aro tendrá su verso,
su cacho de vino tinto
sobre gargantas de fuego.
Sácate el guante José,
talla la cueca María,
que la canción se escapó
chúcara de gracia viva.

Deja que venga un poeta

¡de aquí nadie se mueva!
y si viniera un cantor
tendrá que bailar la cueca.
Y si viniera mi vieja
tendrá que bailar la cueca.
Que la hija del cantor
trae música en sus trenzas.

De aquí no se libra nadie
ni la madre ni la abuela.
Póngale vino al potrillo,
afine bien la vihuela,
hágame gracioso el aro
que aquí no se libra nadie
ni doña Pancha Lecaros
ni el mismo Pedro Urdemales.

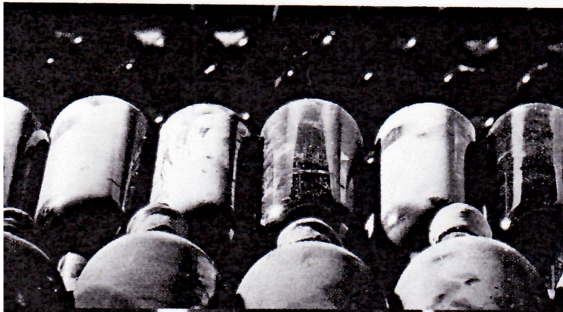


Pablo Neruda y Jorge Teillier. Foto: Jorge Aravena Llanca. Lautaro 1970. Jornadas Nerudianas en Temuco.



Se cuenta que, en el lecho moribundo, le corrieron a avisar a Ludwig van Beethoven que había llegado el vino que tiempo atrás había pedido.
Sin mirar a nadie sus últimas palabras fueron:
"Muy tarde, muy tarde, tarde, tarde…" y falleció.

No dejamos de pensar que sus últimos pensamientos fueron para el vino que tantas inspiradas melodías nos dio para recordarlo como un Dios que logró, con la música, darle al ser humano
esa ensoñación que él confirmó ser de un espíritu superior.
Amigo, pruebe con una copa de vino tinto en la mano, y la botella bien cerca, escuchar la Novena Sinfonía. Con él y por él vivimos unidos a la música con la palabra melodiosa del vino en versos.




BORDEAUX
BORDEAUX
BORDEAUX
BORDEAUX BLANC
BORDEAUX
BORDEAUX ROSÉ
BORDEAUX
BORDEAUX SUPÉRIEUR
BORDEAUX
BORDEAUX CLAIRET

DESPEDIDA. Alberto Rubio

Tendré que decirte adiós
vendimia de sangre roja;
ya no hay racimo en la viña
que la carreta recoja.

Que la carreta recoja
por los caminos del viento:
vendrá la lluvia en el árbol
lamiendo por el sarmiento.

Lamiendo por el sarmiento
el fuego alzará su llama:
recojamos hierba seca
que no huela la retama.

Que no huela la retama
ni la albahaca de la huerta:
Invierno sin yerba y viña
haz que la lluvia se vierta.

Haz que la lluvia se vierta
para poder olvidar
la vendimia que no llora
inmensa, como la mar.

DESDE AHORA QUE TE AMO.
Rolando Cárdenas

Desde ahora que te amo
Tú ya no eres la misma.
Mis manos rudas te han moldeado
Arcilla negra de ojos puros,
Dándote formas de mi infancia
Y esta tristeza que es mía desde niño.

Me llegaste desde el sur,
Desde el alba sureña
Con voces y rubor de ferias
Y el buen aroma de tu pueblo,
Con las lluvias tranquilas y olorosas
Como la greda de tu Chillán amado.

Traías en tu traje un pedazo de tarde
Y en tus manos calladas el vino de los trenes;
Que importa entonces que ahora yo te nombre
Y te diga que tú eres más dulce
Que la luz de una estrella.

Tú ya no eres la misma
Desde que mis palabras
Como el vino de mi silencio
Revivieron antiguos sueños.
Pudo ser leve la caída del tiempo
Sobre mi tristeza de esperar el cielo.





Jorge Luis Borges el poeta argentino, una de las lumbreras de nuestro tiempo, desayunaba con leche y, lejos de María se empinaba unos tragullos de vino a la vista de todos. ¡Salud querido poeta! Foto: J. Aravena Ll.

ENTRE COPA Y COPA
DECIRES Y CANTARES

Pese a todo existen detractores del vino. Entre los cristianos evangélicos de la liga de luchadores, del ring de titanes que provienen de Lutero, como los Pentecostés, hay obispos que viven su sed alborotados, porque el vino en sus mentes no alcanza para llegar al reino de Dios y, disparan verbos contagiados de citas bíblicas de profetas lejanos. Son abundantes las palabras. El cúmulo de ellas como dentro de toneles a punto de estallar algunos dicen: *"los bebedores quedan atados sus pies, atadas sus manos por lo vapores del vino que se extiende por todo su cuerpo".*

Los poetas piensan lo contrario que el vino desata hasta las más recónditas medidas de amor a la vida y al prójimo, cuando se bebe con un querido compadre. Y dicen estos predicadores insistiendo: *"y aun antes de todos estos padecimientos* –ignoramos cuales–, *en el mismo tiempo en que están bebidos, se apodera de ellos el furor de los frenéticos, porque después que el vino se les sube a la cabeza, sienten en ella dolores insufribles. No pudiendo mantenerla recta sobre sus hombros, la dejan caer a aun lado y otro balanceándola sobre las vértebras".*

Los llamados en Chile simplemente Canutos, que provienen del alemán Knut de Bonn, son fervientes predicadores contra el vino. En cambio, los bondadosos Cristianos Católicos lo beben hasta en la ceremonia más emblemática que practican como la Santa Misa. Con un vino especial llamado Vino de Misa, consagran, junto a la hostia, la sangre y el cuerpo de Cristo, se beben su sangre y se comen su cuerpo: ¿antropófagos? ¿Con la sangre y el cuerpo del ser adorado? Como sea. Lo dicen y lo hacen sin escatimar ni desaprobar interrogantes. Las preguntas no las formulamos por ignorancia, alguna razón tendrá para hacer de la sangre de Cristo un bebestible que llega a la cabeza en ayuda de los curitas que sonríen despacito cuando ingieren la bendecida sangre.

Unos, los Canutos, lo beben a escondidas y los católicos en forma pública. Ambas comunidades, sin desesperación en forma medida lo ingieren y son locuaces en sus prédicas. Un verdadero ejemplo a compartir después de una bien santificada reunión religiosa una buena chupilca acompañando un suculento asado de borrega virgen o de gallinas patulecas.

Yo soy partidario de ambas prédicas, de la pública desaprobación Canuta y de la hipócrita católica, ambas son efectivas y han sido copiadas por los feligreses adictos al cable pelado o al que anda los domingos con la radio encendida, o beben menos por el temblor de sus manos que hace al vaso remolinear el contenido y se le desborda, pero que de inmediato lo vuelve a llenar.

Ambas tribunas son necesarias, aunque el cuerpo ande pesado con hinchazón los ojos, la boca seca y el alma echa una llama. Bendecido el cuerpo por el vino, pero no lleno de pura agua. Como dijo el poeta *"Válgame Dios cuando estoy bebiendo…"*





Los vagabundos amanecidos que bebieron con Jorge Teillier, que era un vaso de eterno contenido, saben que era él el dueño de las botellas compartidas en las madrugadas, con la misma triste tibieza del silencio que aun no entraban a soñar con las mañanas lluviosas de los bosques de Lautaro.

SEGUIMOS CON LA ANTOLOGÍA DEL VINO DE POETAS CHILENOS

YUGO BAR. Tomás Harris

Todos los hombres
reflejados en los espejos del Yugo Bar
toman de bruces sobre el mesón
de tevinil y ceniza:
asomados brillantes a lamparones de cerveza
y vino
niñas amarillas de saliva refractadas,
pupilas violetas o rojas,
atisban desde el fondo de los vasos:
ahora uno de los hombres mira,
vuelve la cara y mira,
como cualquier rostro extraño,
como un ahogado emergiendo empapado
desde el fondo del espejo
que refleja
a nosotros tú el demente
el niño rapado al otro
ese hombre
enmascarado de un viejo
con gusto a papas crudas
en la lengua.

VID. Waldo Rojas

Jaula en el aire de este otoño para la vid, hija predilecta
de la tierra,
condenada por la generosidad de su mano a la doble
vejación del abandono y el despojo.
Curvada en la espantosa vejez de una juventud
prodigada en los racimos,
ni la tierra misma ahora –madre adormecida–
advierte la hilatura de su sombra,
otrora humedad de barro y vino. (…)

SONATA CORAL AL VINO. Carlos de Rocka.

Este es el vino, ésta
su amapola de delirio y ésta
su cruel paloma que en mi sangre vive
como una isla en un espejo oscuro.

Es entonces que vuelve ese morado vuelo
a cubrirnos las sienes de un juego alucinado.

Ahora estalla el rubí que lo aprisiona

y de su centro de callada esfera
una inmortal abeja asciende en torno. (…)

LA TIERRA DE VENDIMIA. David Rosenmann Taud

Viniendo que me viene
la uva bendita,
me crecen por los ojos
cimas y cimas
del terco surtidor
de la alegría,
en espumas frondosas
de maravilla:
viniendo que me viene
la uva bendita. (…)

DONDE LLORAN LOS VALIENTES.
Fernando Alegría

(…) Pasan tantos peces por el vino
tantas suaves estrellas que olvidaron
tanto pulpo soplando terciopelo
botando sus lunares en estos tristes bares.
Es porque usted llora en su mesa
y los hombres no lloran, compañero.
Es porque bebo directamente de su costado
y a usted le duele que se apague el mundo
y se cubran de cielos estos mármoles
y caigan como dados los últimos garzones. (…   )

EL VINO. Oscar Castro

Por entre subterráneas cavernas,
entre sombras ardiendo, loco de llamaradas,
azota su corcel regido por el Diablo
y remece guitarras como árboles nocturnos.
Entonces, por la tapia de la noche,
se asoman bandoleros de pulpa misteriosa.
Se ven muslos entre humos de tabaco
y alguna liga triste con hilachas.
Una niña con pechos de palomas
siente velludas piernas que la aplastan
y manos que la arrollan la enagua ensangrentada.
Y el vino ardiente grita. Sube, lento, jadeando,
por los toneles llenos de fantasmas gaseosos
y se materializa y baraja sus naipes
de fiebre roja, y baila con sus grandes espuelas
sobre los corazones su cueca de banderas.
El vino entra en la sangre rugiendo su designio. (…)

EL BRINDIS EL BOHEMIO. Carlos Pezoa Véliz

No escupáis a los beodos que perecen
aturdiendo en el vino sus dolores;
si odiáis a la embriaguez, odiáis las flores
que ebrias de sol en la mañana crecen.

Los ojos de las vírgenes ofrecen
la sublime embriaguez de los amores,
y los besos son báquicos licores
al caer en los labios estremece,

Embriagada de luz, Ofelia vaga
en las sombras de un campo desolado;
el sacerdote en el altar se embriaga
con la sangre de Dios crucificado,
¿y el poeta mirando de hito en hito
la gran pupila azul del infinito!



Otro vaso, pero de whisky en manos de Borges que nunca se decidió por uno de pisco. Foto Aravena Ll.



EL VINO Y LA RELIGIÓN
UNA UNIÓN MÁS QUE MILENARIA

Para los sumerios, lo más importante respecto al vino era el nombre de Uhnapishtin, que aparece ligado al Diluvio Universal en las tablillas de arcilla encontradas en las ruinas de las antiguas ciudades de la Mesopotamia, hoy Irak, Irán y Siria, donde construyeron la primera civilización, la primera civilización humana que empezó seis mil años antes de Cristo. Esas tablillas escritas en signos cuneiformes y que fueron descifradas en 1850, más o menos, sus contenidos fueron divulgados antes de la Primera Guerra Mundial en forma muy breve y se detuvieron hasta después de la Segunda Guerra Mundial. En estos relatos dan información sobre el Diluvio, en forma muy detallada y distinta a los relatos sobre lo mismo que da la Biblia judía-cristiana que son, inclusive, escritos posteriores a las hazañas de Gilgamesh el Hitita, quedando, por tanto, la Biblia como un panfleto, como una refundición de los mitos transmitidos en esos tiempos en forma oral, pues en ella se encuentran los hechos plagados de errores y fantasías.

En las noticias sumerias, la vid, fue traída por los extraterrestres que colonizaron la tierra desde antes de medio millón de años. Estos seres, iguales en todas sus formas a los humanos, con sus mismas fatigas e intereses espirituales y de procreación, utilizaron el vino y la cerveza como un ingrediente más para dar rienda suelta a su alegría. Los terrestres sumerios consideraron el vino como un regalo de estos dioses.

Posteriormente para los griegos el vino les fue entregado por Dionisio. Para los egipcios el dios del vino era Osiris y el fruto de las uvas eran "las lágrimas de Horus". Los romanos ofrecían vino a Vesta y libaciones a Baco. Dice la Biblia que Noé, el Uhnapishtin sumerio, plantó una vid y los cristianos, más cercanos a nosotros dicen, embriagados de dogmatismo, que Jesús, su Dios hecho hombre, sello con vino su amistad y alianza con los humanos.

El estrecho vínculo entre el vino y la religión, protegida y bendecida por la Iglesia Católica, denostada por las Evangélicas luteranas, no es más que un ardid sin destino. Para los primeros por sus intereses económicos en la producción mundial del vino pues se hacían socios y, los segundos por atraerse a gente para después, desprovista del vicio y en forma apta, puedan llenar sus arcas con el dinero que, todos los desviados que dejan el alcohol, por su evangelización y la sanidad de la abstinencia, se reconvierte y se inscriben en sus equipos de abstemios.

En todas las civilizaciones el vino establecía contacto con las divinidades, provocaba una simbiosis desde los mismos orígenes de la creación para, primero como regalo de dios y, después, cambiando su esencia, para fundirse en las fuerzas económicas con su consumo y la dependencia emocional a fuerzas de opresión, minusvalía y despojo.

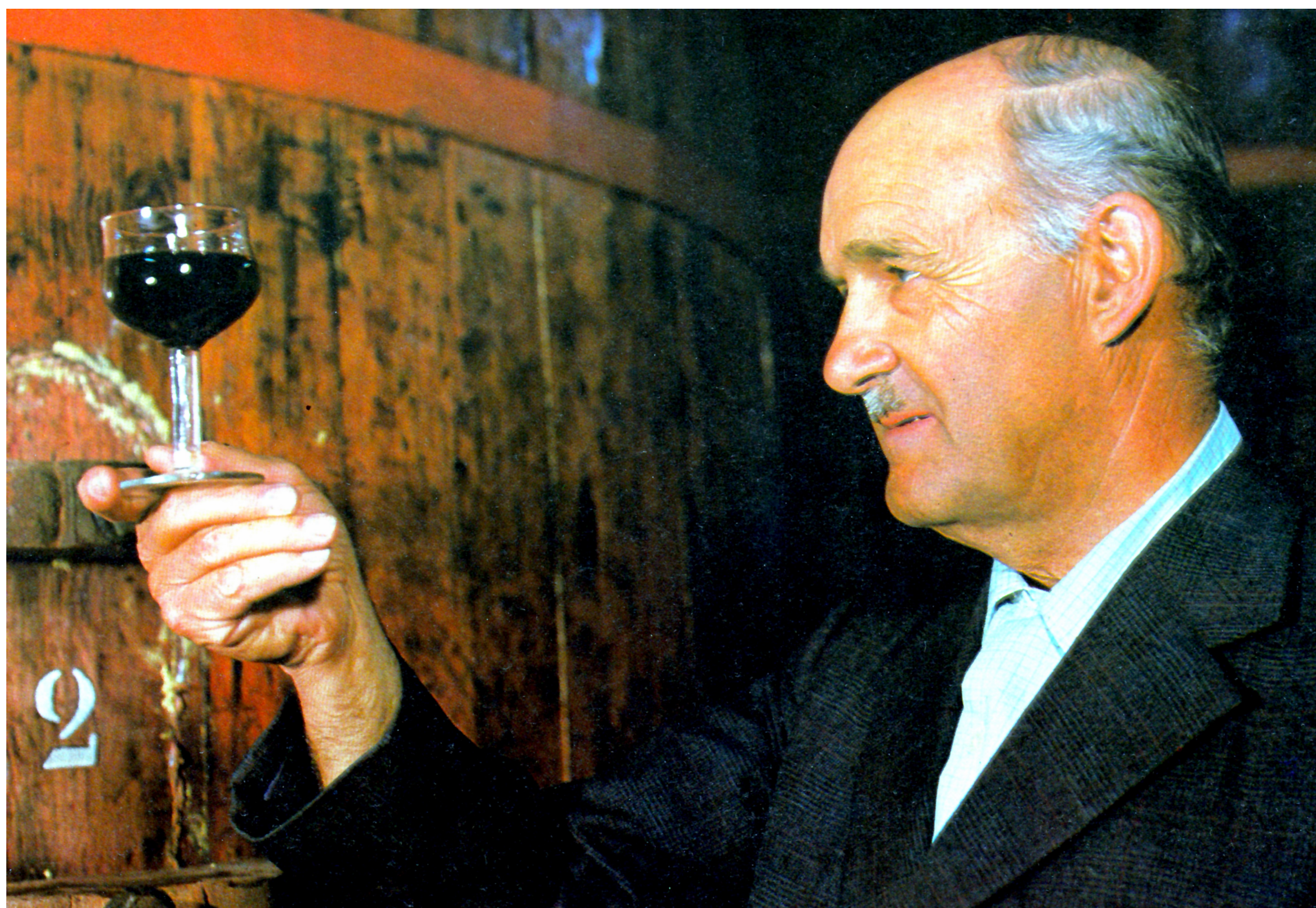
La vinificación fue uno de los primeros conocimientos técnicos que adquirió la humanidad gracias a los Anunnakis del Planeta 12, los extraterrestres que colonizaron la tierra, y que posteriormente le dieron el fuego, la rueda y la escritura. No fue un invento, pues todos los elementos para su producción estaban en ese conocimiento que le fue cedido a los humanos. Bastó que lo aprendieran rudimentariamente para que, por ese interés en su valor y milagrosos efectos, lo siguieran cultivando hasta lograr los mejores caldos gracias a la selección de las cepas, los azúcares y los modernos medios de producción.

El ser humano necesita del producto indispensable para su vida llamado agua, para que su organismo se mantenga saludable, realice actividad física o no, sea pleno invierno o un caluroso sofocante día de verano. Estar bien hidratado es indispensable en cualquier etapa de la vida. Entre el 50 y el 70 % del peso de un adulto sano es agua, este volumen de agua cumple una función específica

en el cuerpo: protege y lubrica los tejidos, regula la temperatura corporal y transporte nutrientes a los músculos que están trabajando y el vino, también un líquido es, esa parte indispensable del alma que el hombre busca para darle explicación a la vida.

Ahora a nadie le interesa determinar los caminos recorridos. El producto alcanzó un fuerte contenido de purificación y tecnicismo para satisfacción de los consumidores. Así el vino se expandió por el mundo como una necesidad y complemento de la vida, en sacrificios y ofrendas como el caso de los católicos bendiciéndolo en cada misa. El culto a los muertos, los exilios y las fiestas de homenaje a los dioses ha cambiado por la satisfacción personal, como un auxiliar imprescindible para paliar los avatares de la vida humana.

Muchos bebedores no se encomiendan, cuando alzan la copa, a ningún Dios, sino a sus pasados dolores, nostalgias y angustias existencialistas, aunque no comprenda la metafísica, se convierte en un poeta de la filosofía de la vida, para ello basta un vaso y el néctar sagrado. Y ahí está la justificación a esa satisfacción, que remece, del primer trago del día, al primer poema con letras de sangre.



Puesto que nuestra suerte es sufrir y después morir,
¿no debemos desear devolver a la tierra nuestro cuerpo miserable lo antes posible?
¿Y nuestra alma, que Alá espera para juzgarla según sus méritos?

Os responderé al respecto cuando me haya informado
con alguien que vuelva de entre los muertos.

Omar Khayyam

EL VINO EN LA CANCIÓN POPULAR, FOLKLÓRICA Y EN EL TANGO

Si me largo a enumerar el vino en el cancionero folklórico de América, no terminaremos jamás de cantar y se puede avinagrar el contenido de las botellas, y los toneles comenzar a respirar aromas pasados de cuentos que terminan siempre amargos. Así que vamos. Yo no espero a nadie. Diremos tan sólo que entre las canciones chilenas una de las más decidoras es esa *"Me gusta el vino"* de Tito Fernández "EL Temucano". En las cuecas hay innumerables alusiones al vino, y una cueca bien bailada es tener ya el equilibrio señalado para los quiebres y las vueltas, sin olvidar el pañuelo revoloteando sediento de recuerdos. En Chile el cantor bebe, se embriaga a gusto a plena satisfacción, aunque estén afuera los Pacos, sedientos esperando; el bailarín lo mismo, sino más, hasta terminar sin levantar polvo en la enramada. Nada de pata en quincha ni otro alboroto para una mona dormida hasta el amanecer.

En el cancionero mexicano el vino o el tequila va acompañado al mariachi con una mirada vengativa y una pistola calibre 34; de un guitarrón, violines y trompetas al estilo y gusto del emperador Maximiliano que dejó esa huella musical germana con los debidos instrumentos; el llorado acento, agudo en un falsete extendido en una sola nota, que casi no cabe en el pentagrama, lo puso la sangre azteca, sin resonancias en la cabeza, pues es preguntarse si con esos sombreros son capaces de escucharse a sí mismo. Pero el tequila comprende todo, y salen, pese a todo, debajo de esos sombreros entusiasmados corridos, guapangos y canciones de bellas melodías, palabras y frases metafísicas desgarradas por el sentimiento hacia el amor y la conservación de la hombría.

Entre los autores argentinos dedicados al folklore, existe un sinnúmero de alabanciosas zambas, chacareras, cuecas y cielitos que son un tesoro de entusiasmo cuando el cantor se planta con su canto, y ese vino mendocino o cordobés, salteño o de la Rioja, de sangre y arena, se cuela entre las cuerdas como un ave canora en los versos del canto gaucho, remolineando por las áridas y extensas pampas.

En el tango, este otro cuento vitivinícola, es más existencial. Pensamos que más cruel e incisivo. Tiene aire más cosmopolita, de complejos europeos más diversos, entreverados muchas veces sin acuerdo entre ellos. La diversidad de idiomas que se intentaron comprender en Buenos Aires, dejó, sin responder, muchas lágrimas amargas en las mesas de los boliches, más de un desabrido café que de vino tinto, pero sí de mucha grapa, cansancio y fatiga.

Llegados de toda Europa por empeñosos abuelos, el cantor de tangos y el bebedor bonaerense amanecido, no deja emoción que no la exprese muy serio. Mientras los otros bailan, sin beber para no marearse de inmediato, arrumados y gimnásticos dando vueltas en la semioscuridad de los salones, él cantor, como obligado, desgarra con guitarra o bandoneón, entre lamentos incisivos de violines y pasajes de lacerante piano al ritmo del acusador bajo acústico, todas las incertidumbres de estar fuera del paisaje de sus antepasados. ¿Cuántos copas bebidas en bares por los abuelos incomprendidos que emigraron hacia Buenos Aires? ¡Los procreadores de inmensas nostalgias que hoy día contagian al mundo entero con el tango argentino universalizado! ¿Cuántas mesas húmedas de silencio entre la algarabía del truco mentiroso? ¿Cuántos jóvenes futbolistas que no entienden ni beben qué de pura rabia patean una pelota gritona en la galería?

¿Cuántos son esos tangos? ¡Cientos! ¡Miles! Existen 4 millones de tangos registrados en el Derecho de Autor Argentino y cientos que hablan del vino y la embriaguez, pero sólo de la curda del personaje, que muchos cantantes de voz grave, como la de Carlitos Gardel, la interpretan también con acento de vino, pero no así el bailarín que se abstiene de beber cuando baila que, en rigor, ya tiene bastantes mareos con las vueltas que el mismo baile le exige.

El tango cantado por uno mismo, con vino, es otra coreografía, otro paso, otra figura digna de bailarla con la mujer más engañosa, con una mujer más triste que Malena, más vieja y teñida que Mireya taconeando por la calle Corrientes, más frágil que Cristal, con la milonguita de la pollera de percal ya pasados los quince abriles. Con estas mujeres del tango-vino que, aunque nos haya hecho

daño bailar con su tristeza, su vino es lo verdadero en el cuatro por cuatro y en su chan, chan final, que va a terminar siendo el mismo nuestro.

Nos haremos cargo de algunas de esas copas hechas tangos, por demás, esas letras que son bastante conocidas, no siempre son de vino, sino también de grapa, de Caña Legui, de Martini, hasta de crema de huevos y extractos de pera, de guinda y otras hierbas. Además, de ser la herida la misma en los muchos vasos vacíos en el tango, el cantor sigue intentando llenar con su lagrimeo el dictado de las vides que emparenta, afortunadamente, a chilenos y argentinos y es otro mérito del vino, une todas las nacionalidades.

LA ÚLTIMA COPA. Francisco Canaro

Eche amigo, nomás, écheme y llene
hasta el borde la copa de champán,
que esta noche de farra y de alegría
el dolor que hay en m alma quiero ahogar.

Es la última farra de mi vida,
de mi vida muchachos, que se va,
mejor dicho, se ha ido tras de aquella
que no supo mi amo nunca apreciar.

Yo la quise, muchachos y la quiero
y jamás la podré olvidar;
yo me emborracho por ella…
y ella ¿quién sabe qué hará?

Eche, amigo, más champán
que solo mi dolor bebiendo quiero ahogar.
Y si la ven, amigos, díganle
que ha sido por su amor que mi vida ya se fue.

Y brindemos nomás la última copa
que tal vez también ella estará
ofreciendo en algún brindis su boca
y otra boca feliz la besará.

Eche, amigo, nomás écheme y llene
hasta el borde la copa de champán,
que mi vida se ha ido tras de aquella
que no supo mi amor nunca apreciar.



Carlitos con un pedo bárbaro, chumao, en curda pero sin perder nunca la compostura, y era cuando cantaba mejor.



Un vino mapuche de elaboración de una Llanca morena, en tierras que, regadas de sangre hoy es recuperada en vasos de greda para que, por mí, lo beba el huinca Juan Manuel llamado, por ser Juan, también Llanca. Foto: gentileza de Juan Llanca Manuel Fierro Bustos. DR.

TOMO Y OBLIGO. M. Romero y C. Gardel

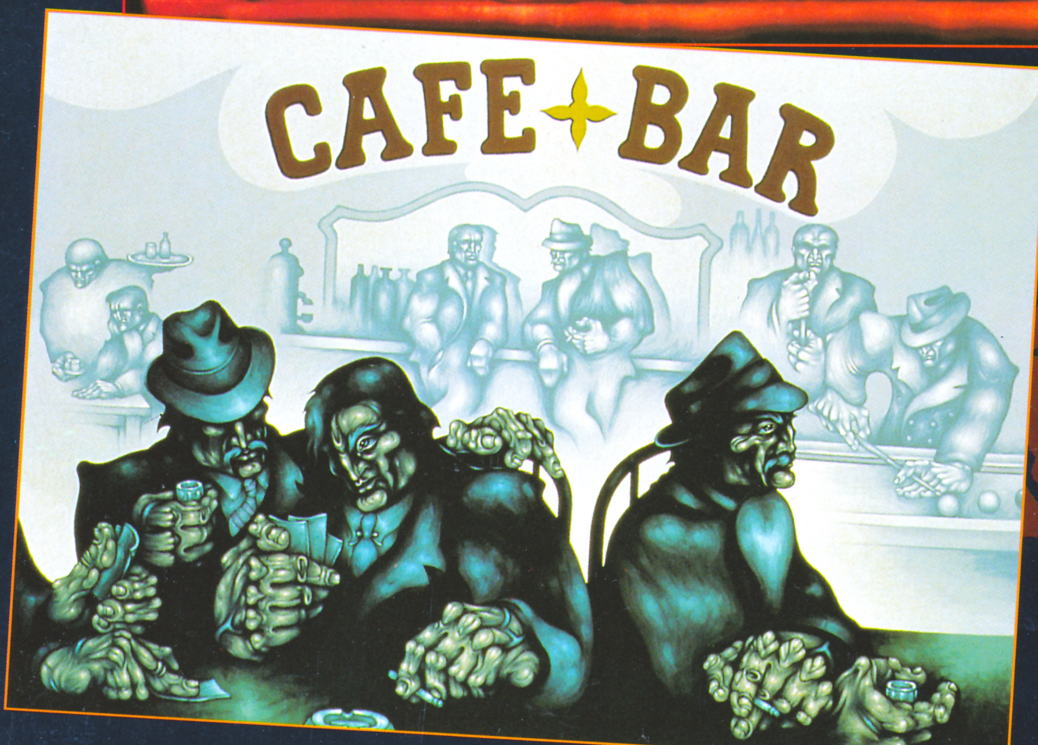
Tomo y obligo, mándese un trago que hoy necesito el recuerdo matar,
sin un amigo, lejos del pago, quiero en su pecho mi pena volcar.
Beba conmigo y si se empaña de vez en cuando mi voz al cantar,
no es que la llore porque me engaña, yo sé que un hombre no debe llorar.

Si los pastos conversaran a esa pampa le diría de que modo la quería con que fiebre la adoré.
Cuántas veces de rodillas, tembloroso yo me he hincado bajo el árbol desojado donde un día la besé.
Y hoy al verla envilecida en otros brazos entregada, fue pa´ mí una puñalada y de celos me cegué,
y le juro, todavía no consigo convencerme cómo pude contenerme y ahí nomás no la maté.

Tomo y obligo, mándese un trago, de las mujeres mejor no hay que hablar,
todas amigas, dan muy mal pago y hoy mi experiencia lo puede afirmar.
Siga un consejo no se enamore y si una vuelta le toca hocicar,
fuerza conejo, sufra y no llore Que un hombre macho no debe llorar.



Wilhelm Chávez, Lord Sepúlveda, colega y amigo, me debe, y yo al él, varias botellas que yo tengo sin descorchar. Ya vendrán esos días. Como hombres machos, malevos y pendenciaros nos preparamos, cámara en mano, ir al combate con unos tintos del valle de Colchagua. Con Wilhelm Chávez y yo, todo es tango conversado, así la sed se entretiene. Omar Khayyam calla y reflexiona que la distancia no es nada cuando se tiene verdadera y profunda sed.


CAFE BAR

Con este tango que es burlón y compadrito haciendo escuela en Berlín, Alemania



ESTA NOCHE ME EMBORRACHO. E. S. Discépolo

Sola, fané, descangallada
la vi esta madrugada
salir del cabaret.
Flaca, tres cuartas de cogote
y una percha en el escote bajo la nuez.
Chueca, vestida de pebeta,
teñida y coqueteando su desnudez,
parecía un gallo desplumao
mostrando, al compadrear
su cuello picoteao.

Yo sé bien cuándo no aguanto más
al verla a sí rajé, pa´ no llorar.

¡Y pensar que hace diez años fue mi locura!
¡Que llegué hasta la traición por su hermosura!
Que esto, que hoy es un cascajo, fue la dulce metedura
donde yo perdí el honor.
Que chiflao por su belleza le quite el pan a la vieja
me hice ruin y pechador. Que quedé sin un amigo,
que viví de mala fe, que me tuvo de rodillas,
sin moral hecho un mendigo cuando se fue.

Nunca pensé que la vería
en un “resquiesta in pache”
tan cruel como el de hoy.
¡Miren si no es pa´ suicidarse
que por ese cachivache sea lo que soy!
Fiera venganza la del tiempo
que lo hace ver de cerca
lo que uno amó.
Este encuentro me ha hecho tanto mal
que si lo pienso más termino envenenao.

Esta noche me emborracho bien,
me mamo bien mamao, pa´ no pensar.



B U E N O S   A I R E S



Tango
en LA BOCA





T A N G O


CARLOS GARDEL
A
CARLOS GARDEL
INTERPRETE ETERNO
DE LA
CANCION POPULAR
AL ZORZAL CRIOLLO

LOS MAREADOS. Enrique Cadícamo. Juan Carlos Cobián

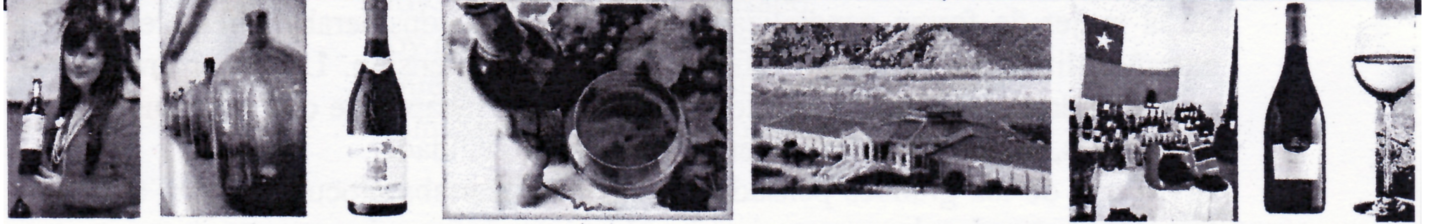
Rara,
como encendida, te hallé bebiendo
linda y fatal.
Bebías,
y en el fragor del champán loca reías
por no llorar.
Pena
me dio encontrarte, pues al mirarte
yo vi brillar
tus ojos
con un eléctrico ardor, tus negros ojos.
que tanto adoré.

Esta noche, amiga mía,
el alcohol nos ha embriagado…
¡Qué me importa que se rían
y nos llamen los mareados!
Cada cual tiene sus penas
y nosotros las tenemos.
Esta noche beberemos,
porque ya no volveremos
a vernos más.

Hoy vas a entrar en mi pasado,
en el pasado de mi vida,
tres cosas llevan mi alma herida:
amor, pesar, dolor.
Hoy vas a entrar en mi pasado,
hoy nuevas sendas tomaremos.
¡Qué grande ha sido nuestro amor
y, sin embargo, ay, mirá lo que quedó!


CONCHA y TORO
DON MELCHOR
CABERNET SAUVIGNON







LA EMBRIAGUEZ FEMENINA EN LA ANTIGÜEDAD ROMANA ENTRE EL PLACER Y LA PROHIBICIÓN

En nuestros tiempos modernos, la mujer está incorporada a todas las actividades del hombre, hasta en el beber y el deporte, sin complejos como acontecía en tiempos pasados. La liberación no ha consistido sólo en el uso del pantalón que resalta sus cualidades físicas disponibles para el hombre, sino también del trabajo diario fuera de la casa; de la libertad de acción en todo lo concerniente al ser humano. La liberación femenina, en nuestro tiempo, ha logrado desatar todas las emociones en el desarrollo dentro de la cultura y de la propia realización de la mujer, logrando que su bienestar esté afincado en su voluntad de hacer; anular aquellas que le estaban prohibidas y la búsqueda de los placeres que estaban destinados, tan sólo, como muchas otras cosas, a los hombres.

Haciendo historia descubrimos que en un epitafio que descansaba en una tumba romana de clase media de la ciudad de Roma estaba este escrito: *"Baño, vino, mujeres, éstas son las cosas importantes de la vida".* Similar a este epitafio existía un proverbio que decía: *"Baño, vino y Venus desgastan el cuerpo, pero son la verdadera vida".*

Era curioso, mientras que los hombres disfrutaban de vino y mujer al mismo tiempo, entre ellas no se podían mezclar, ya que la mujer romana no debía, ni podía relacionarse con el vino en ningún ámbito o aspecto de su vida cotidiana: ni administrarlo, ni servirlo, menos guardarlo y le estaba prohibido bajo severísimas penas el beberlo. Esto en todas las culturas de la prehistoria eran reglas que se respetaban. Esas prohibiciones no se encuentran en el vino ni en la mujer, sino en el control del hombre y en la concepción que tenía de ambos elementos.

En el mundo romano existía por parte del varón un recelo hacia la figura de la mujer de forma generalizada, un ser al que consideraba diferente, extraño, difícil de controlar y fuera de toda comprensión. La mujer era considerada como un ser falto de dominio y que, incapaz de controlar sus emociones, actuaba bajo los criterios de la irracionalidad.

Livio uno de los grandes pensadores romanos, alertaba elocuentemente a los hombres de la conveniencia de que las mujeres estuvieran subordinadas a los hombres. Decía: *"Examinad todas las leyes relativas a las mujeres con las que nuestros antepasados sujetaron las libertades de las mismas y mediante las cuales las sometieron a los maridos. ¿Qué ocurriría si les permitierais desbaratar esas leyes una a una, dislocarlas y, en fin, que se igualasen a sus maridos? ¿Creéis que podríais soportarlas? En cuanto comiencen a ser iguales serán superiores".*

Los romanos empleaban varios mecanismos en la institución matrimonial. Uno de ellos era que la mujer debía manejarse en un espacio muy concreto: en lo doméstico, el de la casa, la cama y en lo privado familiar. Además, la privó de la palabra, se consideraba que la mujer era incapaz de desarrollar razonamientos útiles. Y finalmente el hombre prohibió a la mujer que bebiera vino.

El vino es para hombres y mujeres

Es evidente, hoy y siempre, que las causas y efectos que la ingesta de vino produce son explícitos en ambos sexos, en ambos los efectos son los mismos, les calienta y desata todos los atributos principalmente de la procreación. Pero, en esa época, con esta prohibición se logró otro elemento de género diferenciado. Fue en el mundo romano un reconocimiento exclusivamente masculino el beber vino. Y, ¡ay! de la mujer que trasgrediera estas normas. La mujer de Metenio, un Cónsul romano, asesinó a golpes de bastón, siendo su marido, por haber ella bebido vino. Rómulo, el que había bebido, leche y no vino, de la teta de una loba, no obstante, lo absolvió de la imputación de asesinato porque *"¡solo había hecho lo que le correspondía!"*

El varón consideraba que cuando una mujer bebía vino desaparecía la mujer decente, la matrona, y aparecía un nuevo sujeto completamente corrupto que actuaba no como debía, alejando su comportamiento del que se esperaba de la matrona, casta, pura y obediente.

Todas estas fuentes, hirientes e irónicas, consideraban que en la embriaguez la mujer dejaba de ser humana, fueron afortunadamente, lentamente abolidas por el serio razonamiento de mentes claras e equitativas. Todos estos argumentos que escribieron y practicaron los romanos son un claro ejemplo de la manipulación que el hombre ha hecho, la mayoría a través de los preceptos de la Iglesia Católica según le convenía para el control social directamente relacionado con sus intereses. Eran formas de evitar que se rompiera el código moral que se había establecido en los que la mujer quedaba en segundo plano.

¿Qué vemos ahora en nuestros tiempos? La mujer que se embriaga con la misma felicidad del hombre. La mujer que tiene el derecho a beber cuanto se le antoje, igual que el hombre y, sin embargo, nada se ha desbaratado, salvo en excepciones extremas. Los romanos dejaban beber vino solo a las viejas, porque dada su edad y su inutilidad ya no se consideraban peligrosas, simplemente no valían nada. En nuestro tiempo una jovencita embriagada es pura poesía, la visión por las viejas conserva, lo mismo que los romanos tenían de ellas: olvido. Dejad que sigan borrachas que así, sin duda, son más felices.

Nosotros hasta a las cantoras, antes de tañer sus guitarras, las incitamos a beber que en una cueca son la voz del espíritu de la nacionalidad y todas las referencias al clamor popular de los chilenos.

Vino y mujer, iguales y diferentes, como fue codificado en tiempos pasados, juntos o separados, siguen siendo elementos de esta tierra como los más importantes. Por el vino y la mujer sigue existiendo la vida, la alegría y, cualquier prohibición ya es un extraño comportamiento inhumano.

Pero nuestra tarea es la lengua del vino en Chile y hacia ella vamos medios cureques. Por tanto divagar entre el aroma de las viñas, enfilamos entre hilera e hilera, en medio del canto airoso de la vendimia y de frases que el ingenio chileno ha bordado, para agradecer la bendición, la llegada y la partida del vino.

Vayamos entonces, embriagados en medio de un guitarreo y el compás de una cueca que ya se está dibujando en las botellas, chuicos y toneles.



Jorge Teillier fue y será siempre, tenemos fe, nuestro crédito junto a Omar Kayyamm.



Jorge Aravena LLanca

¿Nuestro tesoro? El vino. ¿Nuestro palacio? la taberna ¿Nuestros fieles compañero? la sed y la embriaguez. Ignoramos la inquietud porque sabemos que nuestras almas, nuestros corazones, no tienen nada que temer del polvo, del agua, del fuego. ***Omar Khayyam***.

Nuestra tarea es la lengua del vino en Chile y hacia ella vamos medios cureques. Por tanto divagar entre el aroma de las viñas, enfilamos entre hilera e hilera en medio del canto airoso de la vendimia y de frases que el ingenio chileno ha bordado, para agradecer la llegada y la partida del vino.



Vayamos entonces en medio de un guitarreo y al compás de una cueca que ya está dibujando su alegría en toneles, chuicos y botellas.

PALABRA
MUSICA
IMAGEN